

¿DONDE ESTAN EL TRIGO Y EL VINO?

EN TORNO A UNA NOVELA DE MARIA FLORA YAÑEZ

Acabo de conocer, personalmente, a una notable escritora chilena, María Flora Yáñez. Como recuerdo de nuestro encuentro, ha dejado en mis manos una novela suya, cuyo título encabeza estas líneas.

«¿Dónde está el trigo y el vino?» es la última novela de la escritora, y sospecho que la más entrañable. A través de ella se adivina no sólo la psicología de su autora, sino una buena parte de su vida. No cabe calificarla de autobiográfica, si por autobiográfico entendemos lo vivido materialmente, sin ceder un palmo a la imaginación, pero sí creo que, después de leerla, podemos tener la seguridad de habernos asomado a su interior y de haber conversado con ella. Por mi parte, puedo decir que, nuestra amistad, apenas cultivada durante su breve estancia en Madrid, se ha profundizado con esta entrega moral tan interesante para su conocimiento.

María Flora Yáñez ha tomado como título para su obra el versículo 12 del capítulo segundo de las Lamentaciones de Jeremías (Antiguo Testamento), y el lector comprenderá las razones, al adentrarse por la contestación a este interrogante.

La novela se desarrolla casi totalmente en un «fundo» y narra la vida de una familia —¿de su propia familia?— unida por el hilo rojo de la sangre, pero compuesta por una gran variedad de psicologías. Temperamentos opuestos que acaban de chocar entre sí y destruirse con su fuerza ciega inevitable.

No se crea por esto que la novela es tremendista. Lejos de ello, la fuerza arrolladora de los personajes, queda como prisionera entre las mallas de la gran ternura de la autora, que todo lo suaviza con su amor infinito a estos hijos nacidos de su mente y acunados en su corazón.

La autora va contando suavemente, sin estridencias, sin sacudidas violentas, la destrucción de la familia, para llegar a la resignada observación de Olivia, al liquidar sus recuerdos:

«Las encinas siguen existiendo. En cambio han desaparecido los seres que vivieron bajo su sombra. Son espectros. Y todo ese mundo se ha hecho añicos como un cristal que se quiebra. No queda nada. Es un sueño aquella larga, intensa, etapa que transcurrió en Las Luciérnagas.»

Olivia, su personaje principal, queda defluida ante el lector, casi al comienzo de la novela:

«Por las noches, en la soledad de su cuarto, Olivia solloza. Pero frente a los demás, aparece impertérrita, fría. «Es insensible», piensan ellos. En Olivia existe el orgullo del dolor que no se entrega. A menudo, de sufrir sola se ahoga, como si unos dedos de hierro le oprimieran la garganta. Entonces busca los grandes espacios, «los res-

piraderos», como ella los llama. Sólo allí logra respirar a sus anchas.»

Cualquiera de los demás personajes de la obra podría incluirse en la definición que Haroldo Vila, poeta, «aristócrata evadido de su clase», hace de sus compatriotas, aunque se refiera particularmente a los artistas.

«Posiblemente origina esto la clase de matriarcado que impera en Chile —nos dice la autora por boca de otro personaje. ¿Cómo dudar del poder negativo de ciertas fuerzas que emanan de la cordillera? Por la demás, casi siempre y en cualquier actividad, el chileno es introvertido y apático, pero sus reacciones son tremendas, incontenibles, como su tierra de terremotos.»

«No sólo la cordillera de los Andes anquila, sino toda la Naturaleza de América. Es feroz y áspera. ¿Qué me dices del trópico, con sus selvas, y de ciertas regiones en el oeste de Estados Unidos, esa región del Colorado, por ejemplo? Yo hice un corto viaje, enviado por la oficina, cuando era muy joven, y sentí esa influencia negativa. Incluso los parajes del sur de Chile, paradisíacos, si quieres, son verdaderos devoradores de hombres con sus terribles montañas y abismos. Parece que toda la Naturaleza de América no fuera hecha para hombres, sino para gigantes.»

El campo, la Naturaleza, juega siempre un papel importante en toda la obra de María Flora Yáñez, que se dio a conocer, precisamente, por su novela «El abrazo de la Tierra», de ambiente campesino, publicada en 1933.

En el año 1935 publicó su segunda obra, «Mundo en sombra», y un año más tarde, «Espejo sin imagen». Después de un pequeño paréntesis en su producción, lanzó en el año 1942 «Las cenizas», catalogada en el tipo de novela psicológica. En el año 1945 publicó un libro de cuentos, «El estanque». Y dos años después, en 1947, su autobiografía, titulada «Visiones de Infancia», que consiguió para su autora el Premio Ateña de la Universidad de Concepción. El Premio Municipal de Santiago se le concedió por su obra «La Piedra», editada en el año 1952.

María Flora Yáñez, aunque poco conocida, no es extraña en nuestra literatura. En el año 1954 publicó en Madrid un libro de cuentos, «Juan Estrella», muy bien acogido por la crítica.

Por último, ha recopilado en su «Antología del cuento chileno moderno», 1958, los más bellos cuentos de su país.

«¿Dónde está el trigo y el vino?» nos trae ahora un mensaje cordial de la escritora y de su tierra chilena, siempre en lucha con las fuerzas ciegas, indomables a la voluntad del hombre.

Dolores MEDIO

De FERNANDO SANTIVAN.—

¿DONDE ESTA EL TRIGO Y EL VINO?

Por MARIA FLORA YANEZ. Edit. Zig-Zag, 1962

Un hermoso título: "¿Dónde está el trigo y el vino?"...Es como la evocación desolada de un pretérito agrario sano y sabroso. María Flora Yáñez, conocida también en el mundo de las letras por su seudónimo Mari Yan, insiste, después de muchos años, en el tema con que iniciara su luminosa carrera literaria: la vida campesina.

Largo ha sido el peregrinaje de María Flora Yáñez por el campo de la novela chilena hasta alcanzar la plena madurez que exhibe en sus últimas producciones, pero en toda su obra ha llevado siempre como guía la claridad y sencillez que pocos escritores poseen. Al abrir su último libro hemos vacilado un momento, temerosos de encontrarnos con innovaciones de composición, lenguaje y estilo con que suelen torturarnos algunos

escritores que procuran singularizarse como revolucionarios de vanguardia. Por desgracia, en esta esforzada búsqueda de renovación técnica, no siempre se obtienen los resultados apetecidos, y sólo nos encontramos con una máscara de la personalidad, confusa, a veces, incomprensible otras y perturbadora de la visión, siempre.

Por suerte María Flora Yáñez ha conservado las cualidades que seguramente heredó del claro y vasto y espíritu de su ilustre padre, don Eleodoro Yáñez. Puede haber mejorado su estilo infundiéndole mayor soltura y fluidez; es posible, también, que su lenguaje y su técnica hayan adquirido mayor refinamiento alquitarados por la vida y el estudio, dándoles envoltura más sensible y vaporosa; pero continúa siendo la cristalina narradora que conocimos en sus comienzos.

Si su última obra "¿Dónde está el trigo y el vino?" no fuese una novela, como pretende su autora, podría considerarse una deliciosa autobiografía novelada. Todos los protagonistas que aparecen en la narración poseen extraordinario relieve, como que fueron tomados de su más próxima intimidad, comenando por Olimpia cuya esampa se asemeja demasiado a María Flora para que podamos confundirla, y siguiendo por Felipe, su hermano, cuyo espíritu complicado podría colocarse en una galería de personajes de Dostoyewsky. Y luego tenemos a Alberto, el esposo, dinámico y sufriente; a doña Elena, la madre, envuelta en augusta indiferencia y a Laura Almarza, la dama de los impertinentes y de los alfilerazos de avispa perdida en brumas de teosofía y espiritismo. Todos son seres vi-

vientes que hemos conocido y a quienes estrechamos la mano alguna vez. Pero no sólo aparecen como figuras de retablo, sino que están rodeados de la atmósfera que tuvieron en vida, fina, intensa, sugestiva. La hacienda "Las luciérnagas", con su enorme casona patinada, con su parque frondoso y su vasta extensión de terrenos, incultos en un comienzo, y luego amansados por la vigorosa voluntad de Alberto, es un escenario apropiado para desarrollar la vida de un grupo de personas cultas, refinadas y envueltas, de vez en cuando, por ráfagas de tormenta.

Hay en esta novela un intenso drama desarrollado silenciosamente en el espíritu de Alberto Almarza. Él fué el transformador de la vasta hacienda semiinculta que el destino colocó en sus manos. Él hizo rugir las modernas máquinas agrícolas. Construyó canales de riego, diques, pantanos, cruzó el campo de caminos y lo proveyó de silos y represas de agua. Mientras el resto de la familia holgaba en perpetuas vacaciones, él se enraizaba en la tierra y la fecundaba con su aliento soñador hasta convertirla en mina inagotable de producción. Sentía a tal punto el orgullo creador y el cariño por su obra, que le daba a olvidar un poco a la propia esposa. Desgraciadamente esa tierra no le pertenece sino en parte y, caído en desgracia ante la propietaria principal que es su suegra, debe entregar la administración a un advenedizo cualquiera, quien, más despachero que agricultor, se dedica a venderla en parcelas que los nuevos propietarios no sabrán o no podrán, cultivar científicamente.

¿Quiso María Flora Yáñez mostrar una faz de lo que podría ser nuestro agro si no se procede con justiciera cautela? No lo sabemos; pero lo que podemos asegurar es que ha conseguido dar a su relato punzante emotividad que transpasa nuestro espíritu hasta lo más hondo y nos hace acompañarla en su grito nostálgico: "¿dónde está el trigo y el vino?"

F.S.

Valdivia, noviembre, 1962.

¿Dónde está el trigo y el vino?, novela por María Flora Yáñez (Zig-Zag)

Llevada por un instinto de perfección, mantenida con larga paciencia, minuciosa, puntual, incansable, la autora de esta novela ha conseguido, no sin esfuerzo, una prosa tersa que podría calificarse de ejemplar. Hay en ella algo de reposo profundo; aguas clarísimas reflejan paisajes transparentes como lejano, pese a su nitidez. "Todo esto planea en la atmósfera. (Pág. 121). Pero he quedado aislada como si fuera ajeno a mí, ajeno también al corazón de la vieja casona. Ocurre como lejos de mi órbita y, para detenerme en ello, he tenido la lucidez de un extraño". Hay horas en que el desdoblamiento se produce.

No todo, sin embargo, es paz en la vieja casona. Abajo se oyen voces comunistas. Arriba ruge un avión. ¿Dónde está el trigo y el vino? La autora se lo pregunta. El lector también.

Costa Brava, noviembre de 1962.

Aloha

Los HOMBRES y sus OBRAS



POR ANDRÉS SABELLA

MARIA FLORA YAÑEZ: EN TIEMPO Y MEMORIA

EL libro de María Flora Yáñez "¿Dónde está el Trigo y el Vino?" (Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Biblioteca de Novelistas, 169 páginas) señala en su título, tomado del Antiguo Testamento, "Las Lamentaciones de Jeremías", una severa continuidad de pensamiento: la pregunta parece hermanarse, naturalmente, a otros nombres que le precedieron: "Mundo en Sombra", "Espejo sin Imagen", "Las Cenizas", "El Estanque". En ellos, dominan los grises, la inseguridad, lo vagaroso. La novelista vive cegada, duramente, por secretas luces de crueldad y nostalgia; sangra hacia las huellas. Sus páginas, siempre en sazón de idioma, lúcido, armonioso, limpio, de guardar un aroma, guardaría el de un lejano tiempo feliz, casi en polvo. Este retorno al pasado, realizado con gustosa memoria, consigue en "Visiones de Infancia" las delicadezas y encantamientos de un *lied*: la vieja ternura familiar devuelve a la escritora su primera efigie de mujer. Es la niña en arrobos de universo, en suspensión sobre sí misma y los demás. Personajes y paisajes de su infancia se aproximan a impulso de melancólicos agrados y, en seguida, imperceptiblemente, dejan de ser criaturas y paisajes de la tierra para entrar a los dominios del cuento; se nos alejan en carne y hueso para continuar, allá, en sustancia de leyendas. En esta suerte maravillosa, María Flora Yáñez es una extraordinaria transvasadora; su arte juega, diáfananamente, sin perder un gramo de gracia en los volteos. En "¿Dónde está el Trigo y el Vino?" la vigencia de lo pretérito irrumpe, inmediatamente, al comienzo de la obra:

"—¿Ya no se transita por el Puente de Los Morros? Esa pregunta la lanzó hacia atrás, dejándola suspendida en una atmósfera de bruma que velaba la realidad, el presente, para proyectarla hacia una zona remota." (Página 9.)

Ahora, la niña, lejos de las muñecas y sus dulces trenzas infantiles, cruza la adolescencia. Atraviesa sus quince años en áspero valvén de sangre:

"Iba de aquí para allá, de allá para acá. Le parecía, a veces, no entender bien el sentido de las cosas ni el secreto mecanismo que mueve a los seres en sus actuaciones ligeras o profundas. ¿Qué complicada era la vida!" (Página 21.)

La novela brota de un perfume. Es el resorte que madura la evocación. "Cierta olor violento, un poco acre". ¿Abedules, tamarindos?... Charles Baudelaire, en su notable soneto "Correspondencia", clasifica los aromas y habla de esos que son "frescos como carne de infantes" y de los "dulces como el oboe", asignándole color a no pocos, "verdes como praderas", sin faltar los "corruptores, ricos y triunfantes". Théophile Gautier dice que Baudelaire "en materia de olores era de una sensualidad extrañamente sutil". No resulta difícil pesquisarle poemas envueltos en la magia de un aroma, desde el soneto "Perfume exótico", de "Las Flores del Mal", a su réplica en prosa "Un hemisferio en una cabellera", de "El Spleen de París".

María Flora Yáñez, trabajada en profundidad por la exquisitez,

no escapa a esta ley de los hipersensibles. Esta vez, sus páginas sostienen años y criaturas de su corazón. Llegan las cosas bienamadas, los seres inolvidables; cuando los seres desaparecen, aquéllas continúan, como trofeos, proclamando nuestra lamentable órbita de gajos huidos de las sombras para regresar a ellas:

"Sus ojos tienen la expresión de cándido asombro que tuvieron en la infancia. Es que toda su juventud se acumula en el minuto que está viviendo.

"...hay algo despiadado en el paisaje cercano a la casa." (Página 166.)

Detrás de las palabras de María Flora Yáñez, el héroe que transita no es ni Olivia ni los demás protagonistas: es el Tiempo ("La vida de los seres es un subir y un bajar, un bajar y un subir, a manera de espiral", pág. 122.) De la angustia de María Flora Yáñez, describiendo la existencia del "mundo inconcluso" de Las Luciérnagas —el escenario de su obra—, desprendimos este deber mayor: también, nuestro mundo amenaza rodar inconcluso por soberbias de la especie. Nuestra faena consiste en impedir tal mancuada. La novela, al finalizar, indica que Olivia rompe la ensoñación del ayer y "vuelve al presente" (pág. 169). El Tiempo, nuevamente, nos toca con su hielo. ¡Hay que vivir! Pero, hay que vivir con honra humana. La última frase del libro estalla en símbolos: "Ruge un avión en el cielo". No es el Carro de Fuego de Elías. Es el triunfo del hombre que asciende.

¿Dónde está el Trigo y el Vino? Olivia, decepcionada, llama a la tierra: "Tierra hostil". Y agrega, al abandonar su fondo: "¿Por qué empeñarme en quererla?...". Para nosotros, la réplica a la pregunta de la obra salta, ágil, a pesar de la frase amarga de la autora: el Trigo y el Vino están en la Tierra. Pero, es necesario que la sepamos amar, defender y fecundar para todos. Es necesario que quienes la habitan le den sentido de mundo pleno, al revés de los que en Las Luciérnagas vivieron un mundo a medias:

"He sentido con pasmosa claridad lo efímero de todo y la contradicción que significa el que esas vidas no hayan seguido su curso normal aquí, en este suelo. Carece de sentido la existencia de este mundo inconcluso que fue el de Las Luciérnagas. Hay en ello una frase que queda sin respuestas." (Página 168.)

La frase no va huérfana de respuesta. El "oleaje de rumores" que María Flora Yáñez escucha al trazar la postrera línea de su libro, define la vida. Y la vida —el Tiempo— avanza y nos pide, cada día más premiosamente, que contribuyamos a que los que vengán tras de nosotros reciban una existencia total, sin llagaduras ni vacíos. Canta León Felipe: "Y se gana la Luz... como se gana el pan". Este es el quehacer del hombre. Ese "oleaje de rumores" suena, aquí, en esta novela de sobresalientes levaduras, a un coro de epifanía.



MARIA
Flora Yáñez.

"¿Dónde está el trigo y el vino", novela publicada recientemente, de María Flora Yáñez (Editorial Zig-Zag, Stgo. 1962), nos cuenta la historia de una familia y más que de una familia, de un pedazo de tierra.

Es una novela de un ayer todavía muy próximo, que aún ofrece unas últimas palpaciones de vida. Tal vez una frase puesta por la autora en boca de la protagonista de la clave de la obra: "Me aferro a épocas ya muertas". Esta es la esencia del libro: un aferrarse a un tiempo muerto, cuyo cadáver está aún visible en la decadencia de esa familia, y en la tierra dividida y subdividida para atender a los caprichos económicos de una casta que ya ha perdido todo el sentido agrícola y campesino de sus mayores.

La novela resulta algo confusa por la acumulación de personajes —la familia que da materia al tema es larga—; hay demasiadas vidas interpoladas en la existencia central; hay una abrumadora cantidad de sucesos que distrae la atención de la raíz misma del asunto. La novelista ha debido concentrar situaciones, personajes, caracteres, en un espacio novelesco demasiado corto. Pero escribe con soltura, con melancólico encanto. Hay, diríamos, una tierna evocación de aquel pasado, irremisiblemente perdido. Todo lo cual hace grata la lectura.

La Tierra que les Di es la segunda novela de Mercedes Valdivieso (Editorial Zig-Zag, Santiago, 1963). Antes le conocimos "La Brecha", muy comentada. En esta nueva obra, la autora trata un tema que tiene antecedentes numerosos: las grandes propiedades agrícolas tradicionales que se disuelven y despedazan cuando llegan a manos de herederos de este tiempo, dispendiosos y poco habituados a trabajar lo suyo. Es una forma, al cabo, de estos herederos, de contribuir a la repartición de las tierras... Entre esos antecedentes más próximos, podríamos citar la novela de María Flora Yáñez: "¿Dónde está el Trigo y el Vino", con la cual tiene muchos puntos comunes esta obra de Mercedes Valdivieso. Pero, sólo en el fondo, en el tema, ya descrito, de la disolución de las grandes heredas. En lo demás, ¡qué diferencia! Pues, aunque hay defectos que señalarle, la obra de María Flora Yáñez exhibe una madurez estilística, una profundidad espiritual que queda muy lejos de los cansados aleteos de Mercedes Valdivieso.



Aproximaciones Estéticas

Por VICENTE MENGOD

EVOCACION Y ESPIRITU

MARÍA Flora Yáñez, para titular su reciente novela, ha elegido una interrogación bíblica: "¿Dónde está el Trigo y el Vino?"

Las amargas lamentaciones de Jeremías le han permitido construir una obra inteligente, cuyo tema discurre por los cauces del romanticismo. En sus páginas se da el análisis de situaciones lejanas y de momentos recién nacidos. Es una manera de fundamentar las comparaciones y los contrastes.

Hay en este libro tensión dramática y una presencia del "espíritu". Esta palabra exige ciertas acotaciones.

Dicen algunos filósofos que el espíritu es la parte superior del alma. Afirman los estetas que la capacidad de convertir el recuerdo en emoción constituye el "espíritu" de la experiencia vital, presente y viva o enmarcada en años pretéritos.

Gracias a las proyecciones espirituales de la realidad, el ser humano crea sus mundos, por lo general arrancados del recuerdo, aunque, muchas veces, esas construcciones rezuman falsedad.

Recrear el "espíritu" de los recuerdos equivale a destruirlos. Así le ocurre a la heroína de esta novela. De sus evocaciones brotan la tristeza y la seguridad de haber gastado la vida en inútiles esfuerzos.

Este personaje, muy bien trazado, objetiva la felicidad que perdió en las imágenes ópticas, táctiles y olfativas del recuerdo. Piensa, no sin nostalgia, en la tierra y en los caminos, en las flores y nubes, en los escenarios de su amor, y en la silueta de personas tragadas por la vida y el tiempo.

"¿Dónde está el Trigo y el Vino?" es una novela tan ágil y armónica que se lee de un solo intento. El escenario, uniforme en su mayor parte, se transfigura y adquiere diversos grados de lírica densidad con el solo acicate del cambio leve. El comedor familiar y los campos son distintos; tienen su clima, su "momento", según la predisposición anímica de los personajes. Indudable signo de habilidad, de maestría novelesca.

¿Finalidad de esta obra? Convertir los hechos cotidianos en construcción estética. Como aliados, un ritmo poético, un lenguaje puro, bien engastado.

Quizás, el espíritu es la zona de contacto de las realidades humana e ideal. Si el individuo no percibe el lugar exacto de su intersección, está perdido, porque el recuerdo de lo que ya se vivió nos lleva a internarnos por las zonas ideales, en donde todo se transfigura, en donde brotan los riachuelos de la tristeza y del engaño.

La heroína, durante unas horas ha vivido en el tiempo lejano. Recobra el presente. Los espectros se alejan y el pasado vuelve a reintegrarse a su sitio. Todo nos hace pensar que esta mujer tiene herida la raíz de su espíritu. El trigo y el vino son esencias, metáforas que el tiempo y los soles cuajan y doran para alguien.

María Flora Yáñez nos presenta a sus personajes con una sencilla insinuación. Oímos la voz de una mujer. Y su figura queda firme en la tierra: "El pensamiento de Olivia se clavó en esas figuras con una intensidad que borró toda sensación inmediata. Y de pronto, como en una red, quedó envuelta en reminiscencias musicales".

A partir de ese momento, la poesía y la realidad avanzan unidas.



MARÍA FLORA Yáñez. Presenta a sus personajes con una sencilla insinuación.

EN BUSCA DEL RECUERDO

(De la novela "¿Dónde está el trigo y el vino?" Por María Flora Yáñez. Editorial Zig-Zag. 1962).

OLIVIA llegó cierta tarde a Las Luciérnagas. Empezaba recién la primavera y ella, aunque temerosa de la metamorfosis presentida, quiso ir al encuentro de la belleza del paisaje.

Inmóvil, a medio faldeo, contempló los extensos valles que el crepúsculo iba tornando de un tinte violeta pálido con franjas anaranjadas. La envolvió como un ropaje el recuerdo de esa época de ayer en que ella sentía la impresión de fundirse con el paisaje, de ser ella misma árbol o planta, de perder su personalidad humana para tornarse vegetal.

Siguió ascendiendo. "¡Ay, el pimiento!", exclamó de pronto. Un momento permaneció estática ante sus desposos y vino a su mente cierta frase que leyerá un día en la Biblia: "Se secó el heno y cayó la flor".

Después bajó corriendo, estremecida de ira, desesperada. Los cipreses, muriendo de sed, clamaban a su alrededor en mudo lenguaje.

Entre la franja de sus pestañas brillaron lágrimas que no corrieron FIN

PATRIMONIO UC

"¿DONDE ESTAN EL TRIGO Y EL VINO?"

Novela de María Flora Yáñez

La fisonomía intelectual de María Flora Yáñez, se agranda en su trayectoria al darnos en su reciente novela un sentir muy hondo, bajo el símbolo del título bíblico y dentro de un estilo de mano maestra.

El crítico argentino, Suárez Calimano, dijo hace años refiriéndose a nuestra novelista: "tiene el sentido trágico del arte, es decir, usa lo que Waldo Frank llama el método apocalíptico que consiste en sacar la forma plástica de su propia visión sin obedecer a herencias de conceptos. Actúan en ella para escribir elementos irracionales y se abandona por entero a su mundo subterráneo".

En esta novela vemos cuán justa es la observación de Suárez Calimano. Se desliza la trama como empujada por dedos invisibles, con sorprendente unidad de estilo pero con libertad de construcción, a veces escrita en primera persona, otras en tercera, por dos mujeres diferentes. El telón de fondo es el campo de la hacienda "las luciérnagas" que emerge como un cuadro vivo, pleno de esa belleza que sólo puede captar quien como ella siente agitarse las recónditas fibras de la tierra.

Dentro de este marco actúan los personajes dando color al ambiente con la savia de su inteligencia. Reconocemos entre ellos a una de nuestras figuras intelectuales de más recia personalidad que la autora retrata llena de ingenio y de brillantes expresiones. También a un poeta cuya originalidad sobrecoje y a un pintor extraño que no logra realizarse del todo. Vemos a un administrador de campo, don Antonio, "sepulcro blanqueado" como lo califica la novelista, que, con sus torcidos manejos, contribuye al derrumbe de aquel mundo que quizás no tenga cabida en la época actual. En cada personaje de esa gran familia, envuelta en la atmósfera fascinante de un antaño esplendoroso, el talento de la autora teje cuadros de vida y amor, con figuras ya

profundas, ya frívolas, audaces o supercivilizadas. María Flora Yáñez, es maestra en la pintura de cada personaje.

Hay rumor de gran lujo y bienestar en la vida familiar de "Las Luciérnagas" que, si bien podría considerarse ajeno al momento presente, nos refleja el paraíso de otrora, hoy perdido en la evolución que todo lo avasalla. Es un remanso que nos hace contemplar una grandeza, material que se esfuma pero que ha dejado en muchos sectores una herencia espiritual visible. Es sorprendente el contraste que muestra a veces la frivolidad de ese mundo con un macizo y complicado sentir de las personas que lo han formado, sentir que parece tener raíces en aquella envolvente y áspera tierra que los tiene sujetos.

Pone la autora en Olivia un torrente de emociones en armonía con el paisaje. Aflora su extrema sensibilidad de mujer, que ama el universo con el fervor de una arista, junto a un hombre que posee las características del castellano, tenaz, emprendedor, en su orgullo indomable. Hombre capaz de renunciar a lo que más ama: aquel campo por el formado con devoción. Presiente "la destrucción a corto plazo de ese vergel gigante" y se atreve a exclamar: "Tenemos que partir, levantar tiendas. Me equivoqué, luché y perdí".

La familia de esta novela encarna una época que, en cierto modo, vemos ya quebrantada; pero queda la buena semilla que se alza en un fruto maduro y eterno: el de la inteligencia y el espíritu de los que crecieron amando aquella tierra infiel.

Diríamos que todo el símbolo de la obra está condensado en la última frase: "ruge un avión en el cielo", frase que enfrenta la caída de ese universo patriarcal con uno de los emblemas de la era moderna.

HILDA GUZMAN.

M

ARIA FLORA YAÑEZ, destacada figura en la literatura chilena, acaba de entregarnos su décimo libro, "¿Donde está el trigo y el vino?", novela editada por Zig-Zag.

Su pluma feliz teje la trama de una familia en la casa quieta y alegre de la hacienda "Las Luciérnagas", durante una época de tranquila inconsciencia. Con tanta técnica como gusto, María Flora reúne sus personajes. Con mucha lucidez y ternura los adorna de rasgos profundos y justos, aunque a veces crueles. Los pensamientos, las palabras de ellos, están siempre encauzados hacia la idea céntrica: el lazo que une íntimamente a todos estos seres, a pesar de la diversidad de personalidades. Ellos viven en un mundo propio, creado y sostenido por ellos; un mundo que se ensancha y entrega la alegría de vivir. Es el secreto del triunfo de "Las Luciérnagas", atada por un hilo invisible a toda la obra, alimentada por la misma capa subterránea.

Por fin se desploma el pedestal que sostenía ese mundo, cuando los brazos se separan, cuando el aliento que le daba vida quiebra su ritmo.

La heroína principal, Olivia, vive su infancia en esta casa que refleja sus sueños, sus amores, sus esperanzas. Las emociones primeras, los ardores de la adolescencia, llenos de sorpresas y admiración, van unidos a la vida de las plantas, de los animales, que pueblan los campos.

La muchacha que será una mujer hace vivir en contacto con la tierra su espíritu de crítica, y al mismo tiempo su esfuerzo por adaptarse a los seres que la rodean.

La muerte del padre la sume en un vacío. Al entrar a la sala de trabajo tiene la impresión de encontrarlo sumido en su sillón. Allí flota el fuerte olor de sus cigarros que hace más viva su presencia. "Por las noches, en la soledad de su cuarto, Olivia solloza. Pero frente a los demás aparece impertérrita, fría. —Es insensible— piensan ellos. En Olivia existe el orgullo del dolor que no se entrega. A menudo, de sufrir sola, se ahoga, como si unos dedos de hierro le oprimieran la garganta. Entonces busca los grandes espacios, los "respiraderos", como ella los llama. Sólo allí logra respirar a sus anchas."

María Flora tiene la cualidad de volver a crear con las palabras esta maravilla, esta frescura de las cosas, que se conoce especialmente en el alba de una vida; esta ola de recuerdos y de experiencias, de penas y de alegrías que carga todo destino y que nos impiden volver a descubrir el universo. La ilusión de la juventud reencontrada.

La escritora ha perseguido la observación apasionada del mundo de las plantas y de los seres humanos. Su novela va impregnada de luz, de tierra, de sol.

Se respira en ella el olor vegetal que afluye, llenándola de imágenes inolvidables.

Traba amistad con los seres diversos, llevados por pasiones elementales, lejanas a las complicaciones artificiales, que viven de ellas.

La autora vive la aventura de gentes grandes y pequeñas que sabe poner en escena. Se adentra en sus sueños y en sus pensamientos. Muchas veces una palabra, una frase, dicha con imperturbable lógica, lleva al lector a través de la patética incoherencia de los gestos habituales.

Clara, la joven viuda ingenua, llega a vivir a la casa de sus parientes. Trata de adaptarse a su nuevo medio. Luego, a pesar de los escrúpulos religiosos, se entrega a un amor ilícito. La pasión ha enriquecido sus sentidos, su corazón. Y al enfrentarse con la realidad fatal del desencanto, lucha consigo misma hasta sentirse por fin la mujer fuerte, desposeída de toda servidumbre. Y logra desatar las fibras que la tenían sujeta a "Las Luciérnagas". Un día parte sin volver la cabeza atrás.

Felipe es el artista que sueña con otros mundos y llega a París seguro de cumplir su destino entre los bohemios incorregibles que recorren los cafés del barrio latino. Pero vuelve al hogar "más reconcentrado y distante que antes del viaje."

En contraste con él, Alberto, hombre de acción, se esfuerza día a día por enriquecer la tierra.

"En qué año aquel árido suelo se pobló de árboles y siembras, ya nadie en la familia lo recuerda. Y no importa la fecha. Sólo se sabe que en "Las

"¿DONDE ESTA EL TRIGO Y EL VINO?"

Por MARIA URZUA

Luciérnagas" todo es savia y renovación y brota. Los potreros parecen tapetes verdes y de la tierra suben pesadas fragancias... Al igual de ese bullir en la vida vegetal, surgen y se extienden palpitaciones de vida dentro del marco casero".

De entre los visitantes, mundo heterogéneo y curioso de distintos grupos sociales, se puede destacar a Laura Almarza, acostumbrada a deslumbrar por su inteligencia, que se preocupa de las gentes como "casos de interés". "Si alguien coloca en la conversación alguna frase ingeniosa o profunda, ella lo separa del piño y lo anota en su cerebro como digno de estudio".

Poniendo a vivir todo este conjunto de seres, María Flora Yañez ha sabido hacer viva una sociedad, en la que pone de relieve sus defectos, sus encantos. El hilo que conduce la intriga no se rompe. El interés se mantiene hasta el final. Esto demuestra verdadera calidad y talento.



María Flora Yáñez y su Última Novela

por Fernando SANTIVAN



MARIA FLORA YANEZ

UN HERMOSO título? "¿Dónde está el trigo y el vino?" Es como la evocación desolada de un pretérito agrario, hondo y sabroso. María Flora Yáñez insiste, después de muchos años y de cultivar diferentes géneros dentro de la novelística, en el tema con que iniciara su luminosa carrera literaria: la vida de la tierra.

Largo ha sido el peregrinaje de María Flora Yáñez por el campo de la novela, hasta alcanzar la plena madurez que exhibe en sus últimas producciones, pero en toda su obra ha llevado siempre como guía la claridad y sencillez que pocos escritores poseen. Al abrir su último libro hemos vacilado un momento, temerosos de encontrarnos con ese afán de innovaciones en composición, lenguaje y estilo con que suelen torturarnos algunos escritores que procuran singularizarse como revolucionarios de vanguardia. Por desgracia, en esta esforzada búsqueda de renovación técnica no siempre se obtienen los resultados apetecidos, y sólo nos encontramos con una máscara de la personalidad, confusa a veces, incomprensible otras, y perturbadora de la visión, siempre.

Por suerte, María Flora Yáñez ha conservado las cualidades que seguramente heredó del claro y vasto espíritu de su ilustre padre, don Eliodoro Yáñez. Puede haber mejorado su estilo, infundiéndole mayor soltura y fluidez; es posible, también, que su lenguaje y su técnica hayan adquirido mayor refinamiento, aquilatados por la vida y el estudio, dándoles envoltura más sensible y vigorosa, pero continúa siendo la cristalina narradora que conocimos en sus comienzos.

Si su obra "¿Dónde está el trigo y el vino?" no fuese una novela como pretende su autora, podría considerarse una deliciosa autobiografía novelada. Todos los protagonistas que aparecen en la narración poseen extraordinario relieve, como que fueron tomados de su más próxima intimidad, comenzando por Olivia, cuya estampa se asemeja demasiado a María Flora para que podamos confundirla, y siguiendo por Felipe, su hermano, cuyo espíritu complicado podría colocarse en una galeposo, dinámico y sufriente; a doría de personajes de Dostoievsky. Y luego tenemos a Alberto, el esña Elena, la madre, envuelta en

una augusta indiferencia; y a Laura Almarza, la dama de los imperitinentes y de los alfilerazos de avispa, perdida en brumas del espíritu. Todos son seres vivientes que hemos conocido y a quienes estrechamos la mano alguna vez. Pero no sólo aparecen como figuras de retablo, sino que están rodeados de la atmósfera que tuvieron en vida, fina, intensa, sugestiva.

La hacienda "Las Luciérnagas", con su enorme casona patinada, con su parque frondoso y su vasta extensión de terrenos, incultos al principio y luego amansados por la vigorosa voluntad de Alberto, es un escenario apropiado para desarrollar la vida de un grupo de personas refinadas, cultas, envueltas por ráfagas de tormenta.

Hay en esta novela un intenso drama, desarrollado silenciosamente en el espíritu de Alberto Almarza. El fue el transformador de la vasta tierra semiinculta que el destino colocó en sus manos. El hizo rugir las modernas máquinas agrícolas. Construyó canales, desecó pantanos, cruzó el campo de caminos. Mientras el resto de la familia holgaba en perpetuas vacaciones, él se enraizaba en la tierra y la fecundaba con su aliento creador, hasta convertirla en mina inagotable. Sentía hasta tal punto el orgullo de su creación, que llegaba a olvidar un poco a la propia esposa. Desgraciadamente, esa tierra no le pertenece sino en parte, y, caído en desgracia ante la propietaria principal, debe entregar la administración a un advenedizo cualquiera, quien, más despachero que agricultor, se dedica a venderla en parcelas y a destrozarla.

¿Quiso María Flora Yáñez mostrar una faz de lo que podría ser nuestro agro si no se procede con justiciara cautela? No lo sabemos. Pero lo que podemos asegurar es que ha conseguido dar a su relato una punzante emotividad que traspasa nuestro espíritu hasta lo más hondo y nos hace acompañarla en su grito nostálgico: ¿dónde está el trigo y el vino?

Algo Sobre una Antología del Pen Club

Este libro se compone de tres partes o secciones: poesía, ensayo y narración, como corresponde al nombre de "Pen". La más débil de la obra es la parte "ensayo", a la que no nos referiremos en el presente artículo. No es completa ni siempre acertada en la selección.

La poesía seleccionada muestra algunos espléndidos poemas entre los que señalamos aquellos de Julio Barrenechea, siempre hondo y delicado; los de Angel Cruchaga, Diego Dublé, Juan Guzmán Cruchaga, que nos envuelve con su magnífico "Alta sombra", del cual tomamos al azar un verso: "¿Quién piensa detener la muerte, sollozando? ¿Quién pararía con un lazo de lágrimas? ¿Lloran por tí, por él, por lo que ha sido, lo que no pudo ser, lo que fue apenas? ¿Y qué nos queda ya del todo, de la rosa en las manos vacías, y qué de su perfume si cuando nace ya comienza a oler a cosa perdida?". Hermosos también, de un gran vuelo patético, son los poemas que aparecen de Miguel Arteche, especialmente "El Mutilado" y "Ruina", originales, difíciles si se quiere, con algo de la pesimista realidad de un Baudelaire, e incrustándose como una garra en la mente del lector. Por fin, finos y frescos los poemas que nos brinda Francisca Ossandón. Algunos otros podríamos citar, pero nos detiene la limitación de espacio.

La narración es la sección tal vez más homogénea, y hay relatos que están destinados a perdurar. Pocos, sí. Saco por ejemplo a "Doña Santitos",

cuadro eriolista de mucha fuerza; "Matriarcado", de Luis Merino Reyes, dúctil de estilo, áspero como un latigazo; "El instinto", de Lautaro Yankas, muy bien construido. Estos tres cuentos entran en la escuela costumbrista y pintan a nuestra clase baja.

A nuestro juicio, el gran relato del libro es "Mil novecientos cincuenta y tres", de María Flora Yáñez. Nos evoca las creaciones de Kafka en una especie de desesperanza ambiental que sube y baja. Es este cuento una visión de nuestro mundo actual con su tremendo caos, su desorientación que sume a los seres en una angustia irremediable. La protagonista, una mujer de la clase alta, siente en su carne, en su mente y en sus nervios, esa angustia flotante que la envuelve a cada paso que da. Todo ello escrito con un estilo armonioso que hace de esta narración, por su estructura y su profundidad, una obrera maestra.

Si los asesores de esta selección que ha hecho el "Pen Club", a cuyo digno presidente Milton Rossel felicitamos por la iniciativa, hubieran sido más exigentes, habríamos tenido una antología más pareja y una colección de valía. No basta agrupar a todos los escritores de una sociedad, sino escoger aquellos que puedan aspirar al premio que significa aparecer en una publicación, presentando obras que posean un valor literario.

Mario Carranza A.
Valparaíso, marzo de 1962.

¿Dónde Están el Trigo y el Vino?

por Magdalena PETIT



MARCEL PROUST

PRECISAMENTE, en este hermoso libro de María Flora Yáñez, enredado en el título de un versículo de las lamentaciones de Jeremías. ¿Dónde está lo vivido por Olivia, la heroína?, ¿Para siempre vivo, muerto? No. Realmente vivo, recuperado por la magia de la ensonación recordadora. Es la propia búsqueda del tiempo perdido, aunque sus caminos no sean exactamente los de Proust, si bien parten ambos desde ese "Sésamo" —sabor, perfume, o melodía— que nos abre la puerta del pasado, convertido en la cueva de tesoros, a la luz de cierta lámpara maravillosa. Con una "pregunta hacia atrás, dejándola suspendida en una atmósfera de bruma que velaba la realidad, el presente, para proyectarla hacia una zona remota", así enciende, la autora, su lámpara, al comenzar la novela, preguntándose: "¿Ya no se transita por el Puente de Los

Morros?" Y vemos, con suaves destellos, producirse el encantamiento: "Fue primero —insinúa— cierto olor violento, un poco acre a ramas que el viento estremece largamente. ¿Los abedules del fondo, tal vez? ¿O es el tambo, rindo que al llegar la primavera se iba tornando rojizo? Después del olor vino el paisaje y, por fin, dentro de él, las figuras moviéndose". Luego, más adelante, completándose las fórmulas de evocación, después de decirnos que "el pensamiento de Olivia se clavó en esas figuras con una intensidad que borró toda sensación inmediata", nuevamente se levanta la varilla mágica en estas palabras: "Y de pronto, como una red, quedó envuelta en reminiscencias musicales. Sonaban los acordes de una vieja canción dulzona —"Tiempo de cerezas"—. "Es increíble —comenta entonces— como un sonido atraviesa el tiempo para imponernos su mandato. Uno se cree libre, en un mundo lleno de sentido, creado para retener la mente con su carga de afanes. Y, no obstante, se está allí sin asidero real, juguetes de mareas anteriores. Se abren puertas cerradas largos años, se saltan espacios". He subrayado en estos párrafos lo que me parece debe destacarse en confirmación a la modalidad de resurrección empleada por Flora Yáñez. Muy pocas líneas, casi nulo el análisis, contrariamente a las innumerables páginas analizadoras de Proust con las que nos revela cómo se va en busca del tiempo perdido, y la novelista chilena nos lleva también, de poética manera, a internarnos de inmediato por los caminos de Olivia.

Cogida de inmediato por el embrujo de una prosa sensibilizada —leves corrientes eléctricas estremeciendo el fluir de un río— era fácil dejarse llevar, asistir en presente —que es la experiencia a que nos somete la lectura, cuando es auténtica la evocación— al pasado, conviviendo con personajes y paisajes que tenían a mano, todavía, el trigo y el vino. Y nos instalamos, con ellos, luego de llegar "en el flamante break, seguido de cerca por un coche de trompa. ¡Ah, era un lugar para instalarse aquella vieja mansión de la hacienda! Ligeramente hundida en una depresión del terreno... pero acogedora con sus ventanas casi ocultas bajo la hiedra, erguiase larga, baja, dentro de un paisaje sin holgura. Carecía en esa época de luz eléctrica y sólo se iluminaba con lámparas de parafina. Un extenso corredor con pilares abría hacia el claro césped en que se alzaban tres encinas añosas. Su sombra, llena de mecedoras y sillones de mimbre, era el sitio favorito de la familia para instalarse durante las horas de reposo". ¿Cómo no sentarnos con ellos, espectador-fantasma (que eso es el lector), a mirar qué sucede, tratando de comprender, como Olivia, como Clara, como Felipe; o de curiosear, como esas primas y amigas que se meten en la ronda sin mayores averiguaciones, dejándose vivir? De la primera visión, recién comprada la hacienda abandonada donde no estaba, todavía, el trigo y el vino, recibimos una descripción sencilla, como todas las de Flora Yáñez, pero sentida que nos mete en el paisaje: "La mano del hombre no parecía haber pasado por allí desde largo tiempo atrás. Asomando entre un mar de malezas mostraban sus caras anémicas toda clase de arbustos y aun sin flores que se extinguían en una muerte lenta. Para los cuatro hermanos



MARIA FLORA YÁÑEZ

fue motivo de diario contento jugar entre esa vegetación agonizante y sumirse bajo las indómitas malezas". Subrayo las palabras que expresan con fuerza, aunque tan sin rebuscamiento, el tono exacto de aquel lugar abandonado. Estamos en las primeras páginas, pero ya comprendemos que no vamos a abandonar el libro. Después de los indicios de saber enfrentarse a la naturaleza, que nos procura la autora, vienen los que la señalan enfrentada a sus personajes: "Figuras pintorescas eran los tíos en esa vida familiar" —nos dice— y he aquí como nos presenta a Pablo, que fue marino cuando joven, luego escultor en París, donde vivía de ordinario: "Llegaba a Las Luciérnagas de repente, aportando el aliento de mundos desconocidos. Uno a uno iba abrazando a los niños. Olivia siente aún (es la que relata la historia) la ola de calor que recorría su cuerpo cuando él la estrechaba bien fuerte entre sus brazos. Después, instalado en un sillón de la sala, hablaba. Y sus cuentos eran como explosiones luminosas." Y veamos ahora a su hermano, más joven, Julián, a través de la opinión del padre de Olivia, que lo señala como la persona más versada en cosas inútiles. "Preguntente, por ejemplo, cuántos peldaños hay en la escalera central de los Tribunales y les dirá el número exacto. O cuántas botellas de vino Santa Rita se venden en un año y tengan la seguridad de que no se equivoca." Este Julián tenía unos ojos "celestes pálidos, inexpresivos, que se tornaban casi líquidos al mirar a alguna mujer, a cualquiera mujer". Observado con gracia, ¿verdad?

De una evocación de Olivia se pasa a otra, y el relato no pierde nunca en interés. Olivia es la figura central, fuera de figurar como hilando la historia: observa a los demás, pero se observa a sí misma, el todo a través del rebote de unos y otros personajes en sus conversaciones. Alberto, el marido, y Felipe se destacan como más importantes, de mayor personalidad, mejor estudiados. Clara, amiga de Olivia —especie de eco de ésta, que sirve a la autora para el enfoque de su heroína, vista por otra—, se preguntaba, al considerar la complejidad que creía encontrar en ella, qué suerte de lazo era el que la unía a su marido, siendo temperamentos diametralmente opuestos: "¿qué lazo que, al atar, destruya? Ella es llama y es ceniza, pasión o frialdad extrema. El carece de goznes y, a pesar de su expansividad aparente, es un gran solitario. En muchas ocasiones cuando habla, hierde, no se sabe si consciente o inconscientemente". Pero no conocemos a Olivia por estos juicios, sino por sus actitudes mismas en el correr del relato y se hace evidente este juicio resumidor de Clara que recalca el drama íntimo de la heroína, incomprendida por el esposo que, sin embargo, la atrae y al que ella secunda en sus tareas. La atracción de esta Alberto, para nosotras, y quizás para Olivia, consiste en su amor a la tierra, a esa hacienda que ha ido forjando con su tesón y a la que deberá renunciar. "Las Luciérnagas" brillan, para el lector, iluminadas por el fosforescente recuerdo de Olivia, apegada a la vieja mansión familiar. Al tener que renunciar a ella, exclama: "Me entregaré a mi música, ahora, para olvidar todo esto." Pero le es imposible —comenta la narradora-personaje—: "Una dolencia extraña en ella la mantiene inactiva a toda hora. Ella, tan vital, pasa horas tendida en una hamaca, sin hacer nada, con las facciones contraídas como si estuviera sujetando un sentimiento muy fuerte, una pasión dolorosa que lucha por salir. "He perdido mi tierra", balbucean a ratos sus labios." Eso está vívido, palpitante, e igualmente las escenas en que plantan un árbol o se proponen derribar otro, y vemos vibrar a Olivia, como si se tratara de personas a las que se siente unida por lazos carnales. Recordemos cómo se las ingenia para impedir sea cumplida la voluntad del padre —que no es fácil de contradecir, comenta— de abatir una palmera: ¡se la pedirá como regalo de cumpleaños, para no cortarla nunca! Ella sabía lo que era cortar un árbol, y no podía olvidarlo: "durante largo rato el viejo roble pareció defenderse de las embestidas de los hombres, negándose a morir, aferrado a sus raíces, mientras brazos sudorosos y velludos hendían con furia las hachas. Ella había contemplado la escena un instante, huyendo después desprovista. Y eso que el viejo roble no poseía la personalidad casi humana de la palmera". Y esta Olivia, tan sensitiva dentro de su altivez y dureza aparentes, cómo la vemos desgarrada en las evocaciones finales del acabarse la vida familiar, fallecidos algunos de los personajes principales, la madre, cuya muerte fue anunciada a los criados por el chuncho —nada de postizo en esto, ni en nada, en esta obra—, y la mansión misma, ya abandonada, donde el trigo y el vino, dónde estarán... Se sienten en esas hermosísimas páginas finales, que el viento, algo se llevó: otra vida, otra época. La obra de Flora Yáñez se cierra con la misma sencillez y autenticidad con que empezara, desde la evocación: "Entonces advierte que, desde hace muchas horas, se encuentra recordando. Está perdida en el calendario. Vuelve al presente. Los espectros se alejan y el pasado va a reintegrarse a su sitio. En derredor, la vida continúa con su oleaje de rumores. Ruge un avión en el cielo". Ese avión que marca nuevos rumbos, otra época.

— 18 de Octubre de 1964 —

EL AVERIGUADOR UNIVERSAL

— 73555 —

¿DONDE ESTA EL TRIGO Y EL VINO? Me permito insistirle por segunda vez acerca de un punto en que varias estamos interesadas, ya que no nos ha respondido, a pesar de lo mucho que hemos esperado. Invocamos su gentileza y benevolencia para que nos ayude.

Lo que le ruego dilucidar es el título de la novela de María Flora Yañez, "¿Dónde está el trigo y el vino?", en el cual creo que hay un error gramatical, pues correctamente debería ser: "¿Dónde están el trigo y el vino?" Saluda Atte a Ud. M. Angelica.—

R.—Aparentemente el consultante se halla en la razón y el título en referencia encierra un error gramatical. La regla general, ajustada a la lógica, es que un sujeto compuesto o múltiple, para los efectos de la concordancia, equivale a uno en plural, y de consiguiente, reclama el verbo en plural. Ejs: Juan y Pedro hablan.—Su experiencia y sus estudios le proporcionaron vasto saber.—El Senado y la Cámara sesionan mañana. Etc.

En la frase discutida, "el trigo y el vino" constituyen un sujeto múltiple o compuesto, lo que, según la concordancia digamos normal, debería exigir un verbo en plural: "¿dónde están" (el trigo y el vino)?

Pero las reglas gramaticales suelen admitir excepciones. O, mas propiamente, suelen establecerse usos contrarios a las reglas y a la lógica del idioma. Es el caso. Pondremos algunos ejemplos de entre los buenos escritores españoles en que se hace concordar un sujeto compuesto con un verbo en singular. "Apeóse asimismo el Duque y Don Quijote" (Cervantes).—"El tiempo o la muerte ha de acabar el enojo de sus padres" (Cervantes).—"Ni has oído decir jamás que haya hablado ningún elefante, perro, caballo o mona" (Cervantes). "Pero a todo esto se opone mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me da-

ban." (Cervantes). "¿Quién pensará jamás, Teresa mía, que fuera eterno manantial de llanto, tanto inocente amor, tanta alegría, tantas delicias y delirio tanto? (Espronceda, en "Diablo Mundo").—"Que ni mi ardiente boca, ni mis ojos de fuego, ni un pensamiento vago profanó" (Cabanyes): "Mi razón, mi creencia lo repele" (Zorrilla). Etc., etc. Por algunos de estos ejemplos se advierte que, aun cuando uno o más de los sustantivos del sujeto compuesto estén en plural, basta que el sustantivo más próximo al verbo sea singular, para que el verbo también adopte este número. Con mayor razón si todos los sustantivos del sujeto múltiple son de número singular.

Como se ve, la novelista María Flora Yañez está en muy buena compañía, y si se la puede impugnar desde el punto de vista de la lógica y de una gramática rigurosa, ella tiene de su parte la tradición de los escritores más castizos, tradición con la cual han condescendido los mismos tratadistas. (Ver "Gramática de la Lengua Española" de la Real Academia; "Diccionario Gramatical", de Emilio Martínez Amador, etc).

La Tierra que les Di

por Mercedes Valdivieso (Zig-Zag, 1963)

¿Dónde Está el Trigo y el Vino?

por María Flora Yáñez (Zig-Zag, 1962)

EL CRECIMIENTO y ensanche de la literatura femenina en Chile constituye uno de los fenómenos notables del último tiempo. El éxito de Mercedes Valdivieso, con *La Brecha*, sorprendió al público y pronto vio agotarse cuatro ediciones. Posteriormente, superó a los cuentistas del año, el volumen *Surazo*, de Marta Jara, que enseguida desapareció de las librerías y conquistó a la crítica nacional.

En su segunda novela, Mercedes Valdivieso vuelve a demostrar su seguridad para manejarse con soltura y dominio del detalle certero en el tratamiento de los personajes de ficción. Algunos le han reprochado ciertos descuidos de estilo y de sintaxis, pero ellos desaparecen pronto ante el conjunto narrativo, fluido y seguro, con un dibujo más nítido que en *La Brecha*.

El problema que encara esta obra es uno de los más intensos que presenta la transformación social y económica del país, o sea, la ruina y caída de los antiguos propietarios territoriales, y el derrumbe de una rica familia tradicional. La figura central es una señora, madre de diez hijos, que defiende su dominio rural y sostiene el rango de sus antepasados. A través de tipos diversos y algunos bien observados, se va desarrollando el hilo de la acción que culmina con la muerte de la propietaria y el fin de un pasado que la familia "trueca por un presente estéril". El fenómeno es conocido y empieza a preocupar a los novelistas, como se verá, más adelante, en *¿Dónde está el Trigo y el Vino?*, de María Flora Yáñez, que exhibe un proceso paralelo y revelador.

Se asiste aquí a un desfile de gentes que pasan desorientadas, y en un breve espacio de tiempo, a la gran empresa de resolver el problema más apremiante, en medio de un general egoísmo. Todas han perdido el ideal de sus padres y no poseen el sentimiento de la tierra, tan firme en ellos. Con acierto, Mercedes Valdivieso introduce diversos ingredientes que descubren la psicología de un conjunto lleno de vicios, de instintos ambiciosos e inconfesables, pero también de súbitas actitudes de ternura que redimen algo a través de un azar difícil y sordo, casi nunca optimista. La autora busca los rasgos psicológicos en breves pinceladas, sin trazar estampas alargadas, más bien en retratos que condicionan una actitud o un temperamento. Después de pintar a los padres, dueños de la heredad, van apareciendo, sucesivamente, Luisa, Teresa, Bernardo, Anselmo, Pilar y Josefina, Miguel, Máximo, Celia, Pablo, y otros tipos menores.

El esquematismo de Mercedes Valdivieso es una de sus mejores calidades, a pesar de que no siempre poseen la misma intensidad sus retratos, entre los cuales el de Teresa presenta un contraste de angustia, de instintos sin freno, de

sensualidad, de amoralismo. Aún no nacia su hijo cuando la realidad cayó sobre su vida "como el telón final sobre una comedia". El marido había ocultado a sus suegros hasta el matrimonio su verdadera situación comercial. Todo pasó a confundirse en ella con una pesadilla; el nacimiento del niño anticipado por la impresión, el desaliento en el gesto de la madre y el rostro contraído del padre, que trataba de suavizar el desastre. La reacción de Teresa es revelada con las siguientes palabras: "Una noche observó en el espejo sus veinticuatro años y se encontró hermosa, joven y sola. Andrés obtuvo lo que se propusiera al casarse; ahora le tocaba a ella. Se sintió libre de escrúpulos, sana y deseosa de vida,



MARÍA FLORA YAÑEZ

pero no caería nuevamente en la entrega total. El amor era un asunto de glándulas y dinero. Pensándolo vio a su imagen reirse en el espejo. Había aprendido la lección". (Página 61.)

El fracaso que tiene Teresa con su amante hace culminar la serie de anteriores decepciones. El último escalón de ese amor disimulado y precipitado lo constituye la escena, algo forzada, en que Andrés la descubre en compañía de su amigo, y es baleado por su mujer.

Bernardo es otro ejemplo de individuo sin voluntad, lo mismo que Anselmo. La trama aparece dirigida, por una especie de determinismo ciego, para demostrar que, muertos los padres, ninguno de los hijos es capaz de sostener la continuidad y la decisión de ellos. Quedan flotando en la novela diversas figuras, no todas tan bien definidas como Teresa, pero la madre sobrepasa a las demás y significa el poderoso estímulo de la voluntad de dominio, sin la cual todo se hunde en el vacío y el fracaso.

La Tierra que Les Di, exterioriza

un ángulo nuevo de la imaginativa personalidad de Mercedes Valdivieso. A su agilidad descriptiva se añade ahora un tema de alcance social en que una sólida figura de mujer simboliza el mandato de sus riquezas, de sus propiedades, de su servidumbre, de su poderío monetario, y exige su atención permanente, como una servidumbre casi ciega, que destruyen la desidia y la rutina de varios seres sin destino ni facultades morales.

Tras larga carrera literaria, que empezó, en 1933, con la novela *El Abrazo de la Tierra*, María Flora Yáñez, conocida por su seudónimo Mari Yan, en plena madurez, vuelve al punto de partida. Ha escrito varios libros, de distinta dimensión, que no siempre han unificado a la crítica, pero el conjunto de su producción demuestra que es de los autores más perseverantes y responsables de su grupo generacional. En el prólogo de *Mundo en sombra* (1935) trató de definir su arte, diciendo: "Me he detenido con amor en ciertas reacciones de la sensibilidad ante menudos sucesos del vivir cotidiano, porque creo que nuestra personalidad es el sedimento de esas pequeñas reacciones".

En, ¿Dónde está el Trigo y el Vino? se descubren decisivos elementos autobiográficos y hasta se puede adivinar el nombre de algún personaje, demasiado visible a través de la estilización, y sobran las menciones y alusiones a hechos de nuestra vida política, social y literaria. Nada de lo anterior daña el contenido ni deteriora la espontaneidad del libro más redondeado y completo de María Flora Yáñez en su ya extenso repertorio. El tema es parecido al de Mercedes Valdivieso, y se basa en la evocación de una familia que gira en torno al fondo rural de Las Luciérnagas, hacienda que primero encierra su grandeza económica y, con posterioridad, su derrumbe y disgregación paulatina. En la primera parte de la novela se muestra la presencia de los padres de Olivia, la figura más decisiva del conjunto, de Felipe, el hermano supercivilizado, hasta el matrimonio de la heroína principal con Alberto Almarza. A la muerte del padre de Olivia, nadie quiere hacerse cargo de la hacienda y se impone la figura laboriosa, llena de proyectos y ambiciones, identificada con la tierra, del marido de la protagonista. María Flora Yáñez ha sabido trazar, con finos rasgos, la psicología de Olivia y la muy contradictoria de Felipe, quien contrae matrimonio tres veces y jamás se adapta totalmente al medio en que vive. Alberto, por su parte, siempre quiso ser agricultor, pero su familia perdió una propiedad rural cuando apenas tenía diecisiete años. Tuvo entonces que tomar otro rumbo y hasta sintió que podía ser periodista.

La aparición de Clara Delmar en *Las Luciérnagas* constituye otro episodio intenso de la acción. Empieza a tener relaciones con Felipe

y concluye siendo su amante, pero no se entienden y en el juego complicado de sus contactos se puede apreciar la escasa afinidad de sus caracteres.

El conjunto humano que vive agrupado en torno a la gran mansión rural es definido por Clara cuando dice: "Esta gente está ligada entre sí, no sólo por la sangre, sino..., en fin, no sé definir. Tal vez sus antepasados se mueven dentro de ellos y los funden en rasgos semejantes. Bueno, ésa es la sangre. Hay un fuerte nexo entre los cuatro hermanos. Y, sin embargo, no son particularmente unidos entre sí. Olivia es sola. Felipe es solo. Pero una raíz común y profunda los liga a todos, incluso a la madre. Ese defenderse de los seres humanos, ese desafío a la gente, en ciertas ocasiones. Felipe es de tal modo descortés que a menudo ni siquiera contesta cuando le hablan. No dirige la palabra a las visitas. Se pasea frente a ellas prescindiendo de sus personas y me hace pensar en un león enjaulado que vi de niña, lejano y temible. Es el suyo un mutísimo desdenoso que de pronto, si el tema tratado toca alguna de sus fibras, se transforma en exaltación y lo lanza en debates llenos de énfasis. Son vidas tan fuertes todas éstas que pueden quebrar, sin saberlo, a quienes comparten su mundo". (Páginas 55-56.)

Aparte, se yergue doña Elena, la dueña de Las Luciérnagas, y lo mismo que la señora pintada por Mercedes Valdivieso, no puede mantener, hasta el fin, su fuerza y su capacidad para dirigir un mundo dividido. La separación moral de diversos seres y el análisis, a veces muy lúcido, de su carácter confieren a la novela de María Flora Yáñez un tono introspectivo que desnuda la realidad circundante. Es interesante comprobar, también, que una escritora perteneciente a la alta sociedad intenta, con bastante ambición, un examen crítico de su medio sin lograr, del todo, su cometido. Domina en María Flora Yáñez la tendencia psicológica y el retrato de fino colorido que acierta cuando exhibe cabalmente en sus reacciones a doña Elena, a Olivia, a Felipe, a Clara y a Alberto. Los tipos secundarios aparecen y desaparecen, pero sin el sólido realismo de los anteriores.

En ¿Dónde está el Trigo y el Vino? se encuentra una aportación atrevida a la novela de la alta burguesía, que también cultivó Mercedes Valdivieso en *La Tierra que les Di*. Son dos casos que sirven para demostrar el grado de inquietud y autoanálisis que exteriorizan escritoras de generaciones diversas. En el caso de María Flora Yáñez se percibe un progreso de su estilo que ha ganado en flexibilidad y sugestión. Los matices, los pequeños detalles, los diálogos y los aspectos coloquiales son una clara prueba de la madurez obtenida por María Flora Yáñez, en ¿Dónde está el Trigo y el Vino?, cuyos aciertos no podrán olvidarse.

¿Dónde Está el Trigo y el Vino?

Por María Flora Yáñez, novela.— Crónica de Luis Meléndez

Empieza así:

—¿Ya no se transita por el Puente de los Morros?

Esa pregunta la lanzó hacia atrás, dejándola suspendida en una atmósfera de bruma que velaba la realidad, el presente, para proyectarla hacia una zona remota.

Fue primero cierto olor violento, un poco acre, a ramas que el viento estremece largamente. ¿Los abedules del fondo, tal vez? ¿O ese tamarindo que al llegar la primavera se iba tornando rojizo? Después del olor vino el paisaje y, por fin, dentro de él, las figuras moviéndose. Eran como peones en un tablero de ajedrez. Iban y venían a través de la enorme casona que se levantaba pesada bajo sus aleros carcomidos. Iban y venían entre las encinas seculares o a lo largo del jardín un poco abandonado, humilde y manso... El pensamiento de Olivia se clavó en esas figuras con una intensidad que borró toda sensación inmediata. Y de pronto, como en una red, quedó envuelta en reminiscencias musicales...

En esas líneas hay refinada música que no está, únicamente, en la sabia disposición de la eufonía de las palabras, sino en un indefinible clima inmaterial, acaso el de esas verdes islas de esmeraldas y de oro, del arte, situadas más allá del tiempo; no hay brujulas que guíen hacia ellas y sólo el radar de una vida profunda que ha alcanzado la sabiduría de la pasión y del ansia. Y hay muchas páginas así que el lector refinado disfru-

tará gozoso descubriendo aquí y allá aciertos en que la sutil justeza de la expresión da paso a caminos que conducen no ya siempre a paisajes con un creado encanto, sino a algo como esos reducidos teatros abiertos griegos, donde actúan, en comedia o drama, personajes espectrales; es decir, que los netos personajes de la novela salen de las páginas a amplificar sus vidas en aquel mundo ya inmaterial y libre, propio de la mente, y ahí viven con sus propias nuevas actitudes, como alquimizadas para un buen teatro; de sombras, tal vez, de sombras que hablaran desde adentro de la sombra. Todas estas cosas que parecen oscuras dichas así por el comentador, paradójicamente nacen de un relato aparente como sencillo y de directa claridad; no nos equivoquemos: tales claridad y sencillez significan muy difíciles alcances en el arte literario, el más complicado después del musical, y no hay recetas ni guías, como no las hay para ningún arte, aunque todos requieran estudios sin fin. El llamado arte espontáneo actual equivale, parece, a una epidemia muy semejante a la del futbolismo callejero: todos los niños son artistas, ases de la pelota.

La autora, después de acendradas disciplinas —sus numerosos libros son como hitos de una avanzada—, ha logrado lo que podría definirse en el lenguaje tropical, la investidura, la revelación hermética del arte literario: escribir con elegancia elocuente, sabia sencillez y profundidad vital y

poética. Ya puede decirlo todo, así lo inocente como lo más audaz, impecablemente. Ha superado también el bajo nivel de lo sensacionalista grato a las culturas incipientes, como nuestros sublectores de las diversas gamas sociales, adeptos de la prensa amarilla, impresa o no, y del melodrama. (No es suficiente ir a Europa, como van ciertos y ciertas snobs, y, peor: señoras a ver las calles y tiendas de París y las fuentes de Roma).

Este libro desdeña las truculencias efectistas en el sentido que pudiera llamarse de escándalo o de clave y el melodrama. Hay más: algunos de sus héroes pudieran ser ellos escandalosos y truculentos, y hasta con clave social, pero el saber decir, de la autora, su impecable elegancia, le permite presentarnos con la enriquecida verdad clínica. Si hay desnudos, son certeros como en una estampa de biología o, también, una cabal estatua clásica, pero estatuas que viven, aman, sufren, sin aullidos y así en sugerida mayor profundidad, y la casa, la vieja casa de la hacienda, en decadencia, parte principal del libro, personaje o héroe como lo es el arca en la leyenda bíblica, poética sobre su ruina es arquetipo de todo un mundo nuestro que viene desintegrándose.

¿Hace crítica demagógica? ¡Nunca! Es el propio mundo, amado, alma y carne, de la autora; gracias a su conocimiento y a la sensibilidad afinada y sagaz en el análisis como para lograr verdaderos cuadros o retratos clínicos, el lector obtiene la versión exhaustiva de esa mezcla de grandeza de forma, de pequeñez conceptual, de inteligencias radiantes, afortunadas unas, malogradas otras; de generosidad lado a lado de sordidez; el egocentrismo descontrolado, acaso inconsciente de una acaudalada y tradicional minoría que vive, desde generaciones en la vieja casona. Mejor sería decir que flota por sobre el tiempo en esa arca, de la desalianza. Una arca muy especial, no con gente hirsuta como la compañía del viejo Noé, sino como la de un arcaico alcázar feudal rodeado no ya del foso circundante, sino defendida por algo más eficaz para el aislamiento, aunque materialmente intangible: la elegancia, temida y temible porque es la fuerza en cadena de todo un clan que se esfuerza, como pueda, para estrechar filas; con sus figuras de vitrales, acaso un sí no es de imitación, pero vitrales al fin, su pequeño Gotha sudamericano (el Registro de la Nobleza europea), que deslumbra a amplios sectores de nuestra clase media, que mira desde afuera dengosamente.

Es una casa de hacienda, pero en el libro no se presenta al huaso o la huasa de utilería como en el común criollismo fácil a la manera de un reportero gráfico de provincia: estamos en el otro polo, aunque no en equivalencia directa, porque los seres de esa casa de legendaria vejez son auténticos seres, que viven apasionados pero sin estridencias visibles, pues esa gente,

por transubstanciada discreción, o elegancia, no melodramatiza los sufrimientos, no exhibe el amor ni sus apetencias. Las procesiones van por dentro, y por esto no es fácil definir las. La pintura y la literatura italianas presentan algunas procesiones de una época en que el boato parecía la razón de ser: el mural de Benozzo Gozzoli, los Reyes Magos de la Capilla Médicis, por ejemplo; los desfiles descritos en la Biografía de Da Vinci, por A. Valentini, etc. ¡Cuánta sabiduría para mantener la compostura exterior, impasible! Siempre en el saber vivir se hizo así, hasta en aquellas tormentosas épocas. No lo es menos la nuestra y los numerosos héroes de este libro, demasiados numerosos para algunos lectores, son presentados dentro de esa legendaria casa de Las Luciérnagas actuando con las actitudes obligadas por el buen vivir, porque están vivos, es indudable, no son títeres, y además la autora los presenta de manera que los vemos por dentro, espectralmente, y resultan cabales retratos de una época en evolución todavía indefinible quien sabe si para volatilizarse en los crisoles de la historia. Y nada menos que un documento para ella bien pudiera ser este libro, o un arca sobre el tiempo perdido.

Luis Meléndez

¿DONDE ESTA EL TRIGO Y EL VINO? DE MARIA

FLORA YAÑEZ

Por ALFREDO ARANDA



O han transcurrido en vano los seis lustros que cruzan la transmutación del tiempo. Entre Mari Yan, su primer seudónimo y María Flora Yañez, su nombre cabal, hay dos muros que encierran todos los elementos de la obra novelesca de una escritora que no escribe por el simple gesto de narrar. Es que, novelista y cuentista, hace treinta años que, con "El Abrazo de la Tierra", novela de tipo campesino, inauguró su universo de sueños, el mismo que siguió cultivando con "Mundo en Sombras" y "El Espejo sin Imagen", para hacer de sus afanes leve reposo, tras el que reaparece con "Las Cenizas" en la incursión psicológica, regresando pronto a los cuentos de "El Estanque", hasta detenerse en su autobiografía que, con el título de "Visiones de Infancia", la hace ganar el Premio Atenea de la Universidad de Concepción.

Cinco años más tarde, ya en pleno 1952, María Flora Yañez conquista con "La Piedra" el Premio Municipal de Santiago. Y en 1954, otro triunfo, ahora en Madrid, con su libro de cuentos "Juan Estrella". Finalmente le debemos su "Antología del Cuento Chileno Moderno" y ahora, recientemente, la publicación de la novela ¿Dónde Está el Trigo y el Vino?, (Zig-Zag, 1962), que ha suscitado ya una reacción auspiciosamente favorable de la crítica oficial. Tratemos de ver por qué.

El título de la obra extraído de las lamentaciones de Jeremías, guardado en el Versículo 12 del Capítulo 2.º del Antiguo Testamento, es como el símbolo de esa búsqueda eterna que viene haciendo el hombre también eternamente, de los medios para alcanzar su felicidad. Es posible que en el pan, que es el trigo y en el vino no estén todos los secretos para llegar a una vida feliz, pero esos elementos reúnen al menos dos concreciones de la vida material y aún espiritual del ser humano. Sin deseñarlos premeditadamente la humanidad entera se mueve buscándolos, hasta encontrarlos, pa-

ra formar a su alrededor el escenario único donde transcurrir inexorablemente la vida. De ese escenario no podía, entonces, prescindir la autora de esta novela. Lo contrario habría sido situar su tema y su ambiente en otros mundos que aún no se conocen, o en los espacios siderales recién descubiertos por la ambición del hombre que sabe ya, o intuye su existencia. Por eso es que el universo de María Flora Yañez no es el de un mundo transfigurado, sino que es la materia misma, con su luz natural que ella va imponiéndose, como una ley de la vida, en la realidad aparente e interna de los personajes que se mueven, aman, viven y mueren para cumplir también con otra ley, ahora ineludible, por ser esencialmente humana.

En un escritor francés, que se llama Marcel Jouhadéau, descubrimos no hace mucho que se hallaba siempre apresurado con el fin de llegar a una conclusión, ávido de encontrar las palabras, los gestos luminicos, que luego rechazaba tan pronto él había visto a su luz cómo fulgura el perfil humano. Entonces, a igual distancia de la máxima abstracción y del relato la obra forma una vasta, monótona a menudo prolija y a veces genial encuentro con el hombre. Es lo que le ocurre a María Flora Yañez. Y con esta posición anímica parece haber trazado y realizado las más densas líneas de su reciente novela. Apresuramiento sí, para llegar a una conclusión. Pero, antes, el marco de un ambiente rico de matices de colores, de alma. Del alma campesina que la autora extrae de su propia sensibilidad para ver, a través de su cristal una casona de hacienda rodeada de sus campos y jardines, donde moran reunidos, pocas veces ausentes, numerosos familiares dueños de ese campo. Aquí pasa la vida desmenuzada, ágil y lenta. Es su primera visión. (Pág. 19) "Los días transcurren inmóviles, estremecidos por ruidos diversos; vibraciones vegetales, vibraciones cósmicas, vagos ruidos humanos, voces mecanizadas y frías de las máquinas que realizan la labor campesina". Pero de esos ruidos humanos, la novelista extrae, no solamente sus propias visiones, sino todo el realismo de los medios, toda la percepción psicológica para describir la obra que no aban-

*a María Flora Yañez,
con un abrazo de afecto: Alfredo Aranda*

dona al hombre a sí mismo, porque ella forma parte de su destino de sus pasiones y de la vida misma.

Es sin duda su primer acierto, al que luego añade una continuidad de sensaciones que va poniendo sucesivamente en el alma de sus personajes, a quienes mueve con un ritmo de singular maestría, de simplicidad humana, lo que hace el relato más vivo, la comunicación más perfecta; todo como si el estilo estuviera puesto al servicio de su cualidad de observación, para hacer de ella un espejo que reflejará, sencillamente, las virtudes y los vicios del alma humana. Olivia, Alberto, Felipe, Clara, todos jóvenes, son los personajes más figurativos de esta recia novela. Cada cual tiene su perfil inolvidable, cada uno su mundo de realidades y de ensueños; pero todos se mueven por una pasión diferente. El hogar, el trabajo, el arte, el amor son los centros de su gravitación. Es así como leemos: (Pág. 58) "Con una lucidez que la asombra, Olivia camina por esa ruta de los recuerdos y se ve, algunos años más tarde, de espaldas sobre la cama, bajo la ropa, apoyada la cabeza en un montón de almohadas e inmóvil a la hora de la siesta de un radiante día de marzo. Todos sus nervios parecen afluir a las manos, a los largos y sensibles dedos, un poco crispados contra las sábanas. Hace una semana ya que está así, pensando, con los ojos semicerrados. "Esta sangre que todo lo inunda, este río de sangre que arrastra a mi hijo. Me siento liviana, como si no quedara ya ni una gota de sangre en las venas"

En la fluidez de esa prosa palpita, indudablemente, la esquematización clara, sin ambages, de todo un cúmulo de sentimientos. En este a nuestro juicio, otra virtud de María Flora Yañez. Luego es ese "universo que crece y se ensancha, para terminar desintegrándose y arrastrando en su caída a aquellos que lo forjaron", la figura de Alberto, la misión que la autora le asigna cobra un relieve que cada vez valoriza más al personaje. (Pág. 63) "Nada alienta a Alberto en su gran empresa agrícola. Nadie mira los campos ni advierte las transformaciones sucesivas; estanques, flamantes ranchos, caminos, puentes. La estéril tierra de antes es un vergel, plétórico de siembras y la familia vive de esas siembras. Sin verlas, sin abandonar el radio de las casas. Ninguno de ellos

se interesa por el fundo más allá del dominio de las tres encinas que sombrean la mansión. Alberto se irrita".

Luego, Felipe con su ambición artística, de llegar a ser un pintor de nota, con su modalidad y estilo de vida, con su modo de juzgar a las mujeres que lo rodeaban, con su ociosidad y sus inclinaciones diversas, es en la novela de María Flora Yañez un personaje de rasgos precisos. Pero en sus inclinaciones amorosas se ve mejor que en su ociosidad. (Pág. 84) "Al lento tranco de los caballos Felipe y Clara atravesaron los campos. Tan ensimismados iban en su plática que los sorprendió verse pronto más allá de los límites del fundo, junto a las ruinas coloniales del Convento de Calera de Tango. Entre musgos y ladrillos rojizos aparecía una vieja torre, azada quizás por religiosos que, un siglo atrás, instalaron allí su orden. Surgía la torre de la tierra, solitaria y triste, vena de poesía, como un llamado de otros siglos. Ataron ellos los caballos en un árbol raquítico que, por un error, había nacido entre espinos, y sentáronse a los pies de la torre, sobre un promontorio verdoso, aspirando ese olor muy peculiar a musgo húmedo, sinónimo de desolación. Inmóvil y un poco rígida, Clara parecía una estampa. Felipe quiso decirsele pero sofocó sus palabras la visión de ella, entre enternecedora y patética. Una lagartija se deslizó por las grietas de los ladrillos quebrados. El paisaje era tan desierto que podrían creerse fuera del mundo de los vivos. —Siempre me angustian las cosas muertas— murmuró ella".

Ese pequeño universo con sus seres y sus cosas, esa pintura que no surge de una curiosidad indiferente, esa lucidez y gusto en la observación, llevan las palabras más allá del sueño. La subjetividad de la novelista aparece como pronta para atrapar la perspectiva interior de lo que la va rodeando. De ese mundo del que el hombre no puede desprenderse, porque su condición e acto todo esencialmente humana. Y con todo parece que María Flora Yañez no hubiera pretendido llegar a sitios de realizaciones estéticas o filosóficas. De la impresión que se propuso, sencilla y sinceramente, narrar, hacer ver la vida. Hacer creer en ella. Y lo ha conseguido ampliamente y con una especie de feenino encanto de gran novelista.

"El Mercurio de Antofagasta" - 27 - Enero - 1963

Un Libro de María Flora Yáñez

María Flora Yáñez ocupa un lugar preponderante en la prosa femenina de América. Nació predestinada a la literatura. Por talento, herencia y tradición ha cultivado la novela y el cuento con una extraña personalidad, que no siempre suelen tener nuestras mujeres, cuando se dedican devotamente al afán del buen escribir.

María Flora Yáñez ha publicado una decena de libros de cuentos y de novelas, que han sido muy celebradas por la crítica nacional y extranjera. Con su libro autobiográfico "Visiones de Infancia", obtuvo en 1947 el Premio Atenea, que otorga un exigente jurado de la Universidad de Concepción. Con su libro, "La Piedra" y que publicó en 1952, recibió el Premio Municipal de Literatura.

Viajera impenitente, amadora del solar ibero, publicó en Madrid, en 1954, su libro de cuentos "Juan Estrella".

Y en 1962 nos regaló con su libro "¿Dónde está el trigo y el vino?", que la Empresa Zig-Zag imprimió pulcramente.

La prosa de María Flora Yáñez es tersa y repleta de hondura. Se lee con facilidad y de inmediato el lector piensa que se encuentra ante una autora que domina el lenguaje y que entrega un mensaje.

Es un libro casi bucólico. Se nos ocurre que María Flora Yáñez ha querido recordar una parte de su vida, cuando vivían sus mayores y ella llegaba a uno de los fundos, para pasar

vacaciones breves y caminar por los senderos, remojando sus manos jóvenes en los ríos serpenteantes.

Es un libro profundamente chileno y a través de los personajes que la autora coloca en la hacienda "Las Luciérnagas", vemos muchos tipos humanos que se suelen encontrar a cada paso. La autora sabe describir los personajes. Cuando describe a los tíos de la familia, lo hace con trazos sencillos: "Figuras pintorescas eran los tíos en esa vida familiar. La presencia de Pablo, hermano mayor de la madre, removían la atmósfera con el prestigio de sus frecuentes viajes a países lejanos. Fue marino cuando joven, luego escultor en París, donde vivía de ordinario. Llegaba a Las Luciérnagas de repente, aportando el aliento de mundos desconocidos..."

Dentro de Las Luciérnagas transcurre la vida de los diferentes personajes de la familia, el amor teje sus rondas. Viven, se casan, tienen hijos, mueren.

Alberto y Olivia han de ser los más apegados a la tierra amada. Alberto ha de caer muerto un día por amor al terruño que había perdido. Olivia era la compañera de quien se había entregado por completo a la tierra y a la salvación de una propiedad familiar que no todos querían igual.

Felipe era el hombre raro de la familia. El bohemio y el artista, que de improviso caía en

estados de indiferencia hacia todas las cosas.

Felipe, pese a su estado de casado, era un enamorado sempiterno y perseguía a Clara, quien se resistía.

María Flora Yáñez pinta el amor o la pasión y vividez: "la estrechó apasionadamente entre sus brazos, besando sus ojos, su boca. Ella se dio a los besos. Sabios, lentos, devoradores, por primera vez conocidos. Le parecía de pronto que Miguel nunca la había besado. ¿Cómo pudo desprenderse del abrazo de Felipe? ¿De dónde sacó fuerzas? Muy ágil, trepó al caballo y desde arriba le sonrió".

La autora vierte sus ideas sobre arte en más de algunos de los diálogos de sus personajes. Le hace decir a uno algo que muchas veces hemos pensado y que tiene relación con el arte: "El chileno no tiene continuidad en su arte, porque las fuerzas telúricas que irradian la cordillera lo atacan a medio camino, inutilizándolo. Muchos, la mayoría, están concluidos a los 50 años. Sólo vencen los más fuertes. ¿Cómo luchar en contra de esas fuerzas climáticas? Imposible. Evoran a los seres. En general, son menos nocivas a la mujer que al hombre o ellas menos sensibles a su influencia. Sus efectos en el temperamento femenino no suelen producir los intensos choques psíquicos que anulan al hombre. Hablo sobre todo del creador, del artista..."

El libro que comentamos es humanísimo y toda la sensibilidad de la escritora está puesta en él. Ha colocado una familia muy chilena, dentro de una vieja casona de hacienda criolla. La ha colocado con todos sus temblores humanos, con sus virtudes y sus defectos, con sus pasiones y sus debilidades, con sus noblezas y mezquindades.

Y ha logrado entregar una obra que es útil leer en un momento en que se está perdiendo en nuestro país el cultivo de las bellas tradiciones y la entrega de los solares austeros de nuestros antepasados, para cambiar esa vivienda por una más estrecha y americanizada.

En Alberto, la autora pone al gran defensor de la tierra, que cayó herido de muerte en una batalla heroica.

Dice María Flora Yáñez, comentando la muerte de Alberto: "Cuando llegó a la hacienda la noticia de su muerte, fue corriendo el rumor de rancho en rancho. Y, súbitamente, cayó un manto de melancolía sobre el inquilinaje: "Se fue, se fue el patroncito..." Durante las tardes, los peones, alrededor de sus braseros encendidos en los ranchos, lo recordaban y agigantaban su imagen. Se habría dicho que el halo de Alberto había quedado impreso en el silencio de los campos. Y en su abandono".

Cuando cerramos el libro, nos repiquea el título: "¿Dónde está el trigo y el vino?". Son como campanadas de angustia, de ramalazos fieros que nos golpean la epidermis, porque en esa pregunta está contenida toda la interrogación que muchos hombres y mujeres se hacen y que tiene estricta relación con la felicidad.

Este es un libro humano y realista, pero lleno de atroz melancolía. Leerlo es como volver a tiempos pastoriles, cual sentir el rumor de los arroyos campestres, como ver las altas parvas de paja y tatar el lomaje de las noches campesinas.

María Flora Yáñez ha hecho un nuevo aporte a la novelística nacional y ha entregado un libro que quedará por el contenido y por el mensaje que les ofrece a las nuevas generaciones, y que nosotros quisiéramos fuera aprovechado con profundidad.

Carlos Sándor

Antología Universal De Cuentos

La Editorial Labor de Madrid prepara para 1962 una Antología de Cuentos Juveniles que tendrá un carácter universal, ya que han sido seleccionados para ella autores de todos los países del mundo. Entrará en prensa durante el presente mes de enero y figuran, entre muchos otros, los siguientes nombres:

De España: Juan Ramón Jiménez, Aurora Díaz Plaja, Montserrat del Amo, Francisco Rodríguez Marín, Marisa Villardefrancos.

De India: Rabindranath Tagore. De Francia: Saint Exupéry, André Lichtenberger, Condesa de Segur. De Inglaterra: Rudyard Kipling, Juan Swift. De Alemania: Grimm, Hoffmann, Guillermo Hauff. De Hispanoamérica: Gabriela Mistral, María Flora Yáñez, Alejo Carpentier, Ricardo Palma, Marta Brunet, etc. El número de relatos asciende a más de doscientos.

¿DONDE ESTA EL TRIGO Y EL VINO?, por María Flora Yáñez

Evocación seductora y dramática de un mundo que crece y se ensancha, para terminar desintegrándose y arrastrando en su caída a quienes lo forjaron... ¿Una novela autobiográfica? ¿Sus personajes en clave? ¿Están allí Iris, Vicente Huidobro y otros escritores?... E° 2,50

Comida de Verano del Pen Club.—

El Pen Club de Chile ofrecerá su comida de verano en honor de la escritora María Flora Yáñez, por la reciente publicación de su novela "¿Dónde está el trigo y el vino?"; de Julio Arriagada Augier, designado Director Honorario de la institución, y de Daniel Belmar, "Premio Pen Club 1961", por su novela "Los túneles morados". La comida se realizará el sábado 5 de enero en el Hotel Crillon, a las 21.30 horas y pueden asistir a ella los socios, escritores chilenos y extranjeros y amigos de los festejados.

IO UC

● **RECEPCION**

La señora Gabriela Yáñez de Figueroa ofreció en su residencia de Vitacura una recepción en honor de la señora María Flora Yáñez con motivo de la reciente publicación de su novela "¿Dónde están el trigo y el vino?".

Asistieron numerosos intelectuales entre los que anotamos a Juan Guzmán Cruchaga, Premio Nacional de Literatura, a Amanda Labarca, Ester Huneeus, Chela Reyes, Luis Merino Reyes, Panchita Ossandon, Fernando Campos y muchos otros.

"¿Dónde Está el Trigo y el Vino?", Novela de María Flora Yáñez

María Flora Yáñez, autora de "Las cenizas", "El estanque", de "Visiones de la infancia", libro merecedor del Premio Atenea de la Universidad de Concepción; de "La piedra", que obtuvo el Premio Municipal de Santiago, de "Juan Estrella", editado en Madrid, en la "Antología del Cuento Chileno Moderno", de fuerte repercusión en el extranjero, tiene la virtud, como escritora, de remozarse, de no dejarse avasallar por el tiempo. Una prueba más es esta novela recién aparecida, con sello Zig-Zag, intitulada "¿Dónde está el trigo y el vino?", así denominada en honor del versículo 12 de las Lamentaciones de Jeremías, del Antiguo Testamento.

Como puede apreciarse, el título y la cita del libro están bien puestos en órbita y hasta impulsarían a poner el ojo torvo a quienes se fastidian con todo lo que no sea medular y directo, que no se presenta desnudo de circunloquios y simbolismo. Pero esto no es todo en la novelista María Flora Yáñez.

Hay en ella y en especial en esta novela recién publicada, pero que suponemos escrita hace tiempo, una fuerte, una caudalosa, nos atravesaríamos a decir, aptitud narrativa y una rara destreza a fin de producir atmósferas, cierto fluido que por fortuna, esfuma el localismo y nos conduce a unas regiones que son chilenas por sus nombres, pero universales por lo indefinido de sus contornos sostenidos en el habla y en el perfil de los personajes. Descamamos si aclarar al decir esto que los personajes de esta novela y los ambientes por donde se mueven no están vagamente constituidos —la observación de la autora es muy sagaz y precisa— pero han nacido libres de todo ese localismo que terminó por sellar con su uniformidad nuestro criollismo campesino.

Acaso este factor positivo se debe a que María Flora Yáñez quiere novelar una clase dominante, de patrones que, por su definición, llamaríamos "una clase", como es otra clase el extremo opuesto, el pueblo directo y bárbaro en sus hábitos y reacciones, sin prisa por arribar. Los personajes de María Flora Yáñez son huasos que usan guantes de cabritilla para andar a caballo, que no se interesan por la faena campesina, que chocan, incluso, con el elemento dinámico, dispuesto a romper la abulia de una familia, con su diligencia y progresismo, con una experiencia personal imborrable de lo que es la pobreza, pero viven

mimetizados en pastizales de otros mundos.

Están metidos dentro de sí, en sus angustias, en sus problemas basados más en la plenitud que en la necesidad; apenas logran desmancharse del orin del hastío que los invade por todos sus intersticios y miran a Europa como la zona indudable de la probada y refinada experiencia. A ratos, el lector acucioso descubre esta vigilancia que viene a mostrar la inquietud de María Flora Yáñez por atisbar un efecto y que se trasluce en la infidencia de los ágiles diálogos.

Citamos en prueba:

"Al lento tranco de los caballos, Felipe y Clara atravesaron los campos. Tan ensimismados iban en su plática que los sorprendió verse pronto más allá de los límites del fundo, junto a las ruinas coloniales del convento de Cálera de Tango. Entre musgos y ladrillos rojizos aparecía una vieja torre, alzada quizás por religiosos que, un siglo atrás, instalaron allí su Orden. Surgía la torre de la tierra, solitaria y triste, llena de poesía, como un llamado de otros siglos. Ataron ellos los caballos en un árbol raquítico que, por error, había nacido entre espinos, y sentáronse a los pies de la torre, sobre un promontorio verdoso, aspirando ese olor muy peculiar a musgo húmedo, síntoma de desolación. Inmóvil y poco rígida, Clara parecía una estampa. Felipe quiso decirselo, pero sofocó sus palabras la visión de ella, entre enternecedora y patética. Una lagartija se deslizó por las grietas de los ladrillos quebrados. El paraje era tan desierto que podían creerse fuera del mundo de los vivos".

Hay un ojo implacable ante el cual la autora se prosterna, un vasto espejo que no ha de reflejarla despreocupada, algo que por cierto no desmerece su tarea artística. Un cuento, una novela no son a veces más que la resultante de este suceso contemplativo que no le está dado al héroe común, al personaje en el sentido absoluto de la palabra, acorralado y víctima de un hecho que no logra contemplar en su conjunto.

Los personajes masculinos de esta novela de María Flora Yáñez "¿Dónde está el trigo y el vino?" se ven más de una pieza que sus mujeres, algunos son claves de personas de carne y hueso que sólo valen, para quien con buen criterio prescindía de las claves, por su gravitación literaria dentro del libro. Las mujeres parecen ser desdoblamiento de una sola mujer, aquella más rica en resonancias íntimas y cuyo bullir subjetivo la autora conoce mejor.

En resumen, esta novela reciente de María Flora Yáñez, con la magia brumosa de su mundo, con sus retratos de observaciones muy sagaces, con su atmósfera tan chilena, del viejo paganismo católico chileno, como inglesa, puede situarse entre lo mejor que la novelista ha escrito y entre las expresiones más decantadas de nuestra prosa.

Luis Merino Reyes

Un libro para leer

¿DONDE ESTA EL TRIGO Y EL VINO?

por María Flora Yáñez

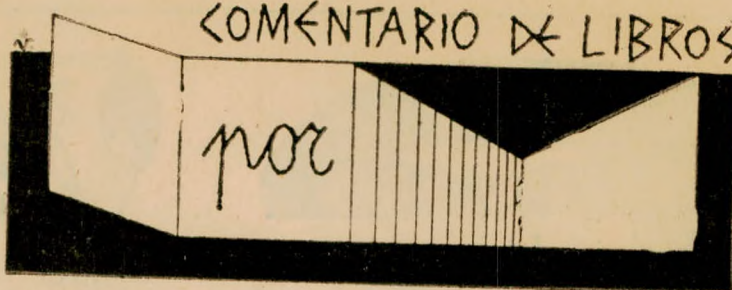
MARÍA Flora Yáñez, a la manera de Proust, va detrás de costumbres y tradiciones desaparecidas, y, siguiendo la teoría proustiana de que el pasado no muere, hace revivir en su último libro **¿DONDE ESTA EL TRIGO Y EL VINO?** un mundo olvidado. Un incidente cualquiera la transporta a los días de su infancia, al fundo de sus padres, "Las Luciérnagas", una antigua mansión cuya vieja casa, "ligeramente hundida en una depresión del terreno", vuelve a surgir como por arte de magia, con su aspecto sombrío. A fuerza de mirarla y embellecerla, se va transformando. La autora recuerda las salas iluminadas, el crepitar de las llamas en las grandes chimeneas, la luz que resplandece en los muebles de caoba, el antiguo piano, los días, los meses y los años que transcurren inmóviles, los atardeceres que pasan bajo un cielo de estaño, las noches llenas de sensaciones, la intimidad viva con la naturaleza, el árbol preferido, el rincón perfumado, el juego del amor que se ensaya con los primos...

Olivia, personaje sensible, con el que se identifica a la autora en una autobiografía imaginaria, nos cuenta el amor de sus hermanas y de su único hermano, Felipe, "el diletante", que pone un toque de suspenso a las eternas divagaciones sobre el amor, la vida y la muerte, la belleza y la fealdad, idénticos temas que gustan exponer y definir los jóvenes de todos los tiempos, sin dar jamás con la verdadera solución. Y junto con el tiempo que se escurre y se esfuma entre los dedos, van desapareciendo personas y cosas, lo cual lleva a recordar el lamento de Jeremías: "¿Dónde está el Trigo y el Vino?"...

María Flora Yáñez, que publicó sus primeros libros con el seudónimo de Mary-Yan, es una escritora conocida y aplaudida por la crítica dentro y fuera del país. "Visiones de Infancia", obtuvo el Premio Atenea, de la Universidad de Concepción. "La Piedra", editada en 1952, recibió el Premio Municipal de Santiago. "¿DONDE ESTA EL TRIGO Y EL VINO?", acrecentará su prestigio.

A. E.

COMENTARIO DE LIBROS



JAIMÉ MARTÍNEZ WILLIAMS

“¿DONDE ESTA EL TRIGO Y EL VINO?”

De María Flora Yáñez, Ed. Zig-Zag, 1962

La frase bíblica que da título a esta novela —y de cuya imprecisión gramatical es sólo parcialmente culpable María Flora Yáñez, pues así aparece traducida en respetables versiones castellanas de las Lamentaciones— nos introduce de inmediato en el antiguo e inagotable tema de Jorge Manrique, y de tantos poetas y filósofos que en el mundo han sido antes y después que el autor de las Coplas. La novela, en efecto, quiere mostrar la íntima destrucción de una familia, contar cómo el vuelo del tiempo la dispersa o la consume, oponer el escenario perdurable de la naturaleza al paso incierto de los hombres que lo habitan. La invocación de Jeremías resulta, tal vez, excesiva por el contexto de desolación y espanto que supone. La narración de María Flora Yáñez, es muy tranquila y nada épica; sus personajes mueren o desaparecen por delicadeza y por abulia, casi resignados, con algo de pena y nada de gloria.

Olivia, que es quien más se acerca a la situación de protagonista, evoca en forma sucesiva y discontinua episodios de la vida suya y de sus hermanos desde la época en que su padre adquirió la hacienda “Las Luciérnagas” hasta el tiempo en que la propiedad se divide y malbarata al compás de la decadencia familiar. En general, los hechos y los recuerdos están presentados desde afuera por la novelista, como en una narración ordinaria, pero en ocasiones se intercalan monólogos o relatos en primera persona de Olivia o de otro de los personajes femeninos, lo que, a nuestro juicio, contribuye a hacer más espontáneo el desarrollo, aunque a veces extrañe como una interpolación. En todo caso, el tono sigue siendo el mismo a través de esas ligeras variaciones. Entre el comienzo y el fin de la historia no hay una ilación demasiado estricta, en los detalles, no obstante lo cual la línea conductora es nítida e inequívoca; por nuestra parte, hubiéramos preferido la supresión de algunos episodios absolutamente innecesarios y, desde luego, la del párrafo final de la obra.

En la novela que comentamos hay una visible tensión entre la fuerza sentimental que se desprende del “tiempo pasado” y la consciente vigilancia de la autora para eliminar lo que pudiera parecer dulzón o románticamente idealizado. En este sentido, ninguno de los personajes resulta “novelesco”, a lo que contribuye la indudable compenetración de la escritora con su tema. Sin embargo, en otro aspecto de esto mismo hallamos el defecto mayor del libro, lo que en definitiva limita su alcance y su significado. En repetidas ocasiones se nos describe a alguien o se nos pinta una escena magnificándose las condiciones del personaje o la gracia o agudeza de sus dichos; y el lector no queda convencido porque tales rasgos no se hacen evidentes por la sola lectura. Un ejemplo podrá aclararnos esta observación:

—¿Por qué se va?

—¿Y por qué me quedaría?

—Podríamos conversar.

Ella lanzó una risita sarcástica:

—Me gustaría saber qué temas le interesan.

—¿Y a usted?

—No tengo por qué decírselo.

El diálogo se convertía en duelo”.

Para el lector, ni hay sarcasmo ni duelo. Como tampoco aparecen la ironía destructora de Felipe ni los juicios dominadores de Laura Almarza.

La impresión que nos queda es la de una autora muy segura de que sus personajes son como ella nos dice que son, pero que no ha logrado traspasar esa certeza a su obra. La explicación nos parece sencilla. Se ha dicho que ésta es una novela de clave. No sabemos hasta qué punto lo será (¿qué novela no lo es, en cierto modo?), pero hay retratos muy parecidos a modelos muy conocidos. Sin juzgar sobre ese punto preciso, estimamos que a lo menos María Flora Yáñez, se ha inspirado directamente en ciertos caracteres destacados, algunos francamente fuera de lo común, y que esas imágenes que ella ha visto en la realidad tienen o han tenido los rasgos con que quiere presentarlas en su relato. Pero en ese desnivel entre el objetivo deseado y los resultados concretos está en nuestra opinión la gran deficiencia de "¿Dónde está el trigo y el vino?", como construcción literaria: los personajes son inferiores a su imagen inspiradora.

El ambiente campesino en que se desenvuelve la trama está hondamente sentido y se graba sin esfuerzo, sin el menor abuso de recursos folklóricos y con la sola evocación de un mundo auténtico y casi desaparecido. Por lo demás, en el caso concreto de "Las Luciérnagas", la desaparición es sólo lógica consecuencia de la egoísta y abúlica conducta de esa familia en derrota que María Flora Yáñez, muestra con más lucidez que crueldad, con más nostalgia que reproche.

PATRIMONIO UC

Un acontecimiento brillante constituyó la gran recepción ofrecida por el distinguido representante en Santiago, el embajador Excmo. señor Angel Isaac Chiriboga, y señora Cecilia de Chiriboga, en la sede de la embajada, ubicada en Avenida Pedro de Valdivia.



El político y ex Ministro de Estado don Horacio Walker Larrain, la escritora Flora Yáñez de Echeverría y don Julio Lavín.

De Raúl Silva Castro a María Flora Yáñez

(A propósito de su novela "¿Dónde está el trigo y el vino?")



Nueva Orleans, 6 de noviembre
de 1962.

Señora María Flora Yáñez,
Santiago de Chile.

M

I ADMIRADA amiga: Al abrir las páginas de su novela, veo que para formar la presentación editorial usted autorizó el que se reprodujera una opinión mía sobre su labor anterior. Le agradezco muy de veras este rasgo. Mis opiniones críticas no siempre logran tan buena acogida, y el figurar junto al nombre de usted habrá de prestarles, por ahora, un prestigio de que en general carecen.

Esta primera impresión era suficiente para disponerme bien acerca de su nueva obra. Si en ella hubiese descubierto yo alguna grave falta, que la empequeñciera y menoscabara, debía, por elemental reciprocidad, tenerla por inexistente o lucubrar en torno a ella toda una doctrina para dejar a salvo la dignidad de su intento. Si, por lo contrario, todo en la obra de usted era excelente, más debía parecérmelo a mí, puesto que mi juicio estaba ya comprometido de antemano.

Como amo mucho la independencia, procuré, pues, olvidar aquella antigua opinión, olvidarlo todo, e inclusive a usted misma, cuya sonrisa suele aplacar inquietudes y asperezas, para penetrar en el pequeño orbe de su libro como ser venido de otro planeta, sin relación ninguna con las criaturas que lo pueblan y atento, más que nada, a las vibraciones sentimentales y espirituales que el libro, por ser suyo, debía ofrecer. Esta actitud, que exige disciplinado esfuerzo, ha sido recompensada por la cosecha.

No creo haber dicho mal cuando dije "pequeño orbe", porque en realidad la materia viva de que está henchida su obra ha sido organizada por usted, sabiamente, en forma cósmica: hay un eje central, que es la vieja propiedad familiar en la cual discurrió la vida inocente de la infancia y algunos años de la madurez; existen planetas mayores, tan lejanos de la vista del espectador, que éste apenas los divisa: el padre, los tíos, la madre; hay, en seguida, planetas menores, cuyas órbitas se cumplen con diversas velocidades. Uno de los más lentos, Felipe, de paso tardo como el de un oso, tanto se acerca a veces a nuestra vista, que podemos distinguir en su rostro las cicatrices que le va dejando la vida. Otro, lento asimismo, Clara, presenta, como la Luna, una sola de sus caras, y tan bella es ésta, tan seductora, gracias a la luz reflejada en ella por Felipe, que nos quedamos con ganas de saber algo más. Otra de las iluminadas por el fuego interno de Felipe, y sin duda chamuscada, Carmen, también nos parece ida demasiado pronto del gran escenario o cosmos en que estos seres han girado.

Esto no es un reproche para usted. Aquellos seres, insisto, llevaban diferentes velocidades, y sus órbitas eran de radios diversos. Unos se ofrecían, algo pasivamente, a la contemplación; otros, en cambio, huían raudos, dejando una huella fugaz en el aire. Debe señalarse, eso sí, que todos cumplieron su destino viniendo y yendo, para dejarle a usted una serie de imágenes concordantes, que usted accede a compartir con nosotros. ¿Para qué?

En primer término, para que participemos de su personal congoja, a ver desbaratada la estructura, tan sólida al parecer, que había dejado

el fundador y cimentador de aquel hogar. Yo no diviso en su libro el testimonio de una sociedad entera que se desmorona y cae al vacío, porque en la obra de arte de transparente designio es algo pedante buscar interpretaciones de excesivo alcance. Lo que sí veo es una sola familia a la cual le suceden cosas de que la vida nunca está exenta. El que unas generaciones apañen y atesoren lo que otras van a dilapidar alegremente o por mera indolencia forma parte del tejido eterno del vivir humano. Hoy mismo, en las parcelas de Las Luciérnagas, ¿cuántos hombres esforzados y de vistas ambiciosas estarán, como el viejo Leal en otros años, echando las bases de fortunas sólidas y fuertes? Hemos participado, pues, en el problema personal de usted, es decir, de Olivia, la narradora, que en el cosmos de la novela ocupa, por lo demás, una órbita muy alejada de nuestros ojos. Pero es esta discreción, orgullosa o tímida, de la narradora la que nos abre la puerta a otro género de reflexiones.

En segundo término, hay aquí una novela, no sólo un puñado de observaciones familiares, evocadas por el conjuro de la tierra ayer poseída. La novela muestra contrastes, ya que en un generoso ambiente de casa grande, sostenida por una próspera hacienda, alcanzamos a distinguir no tanto el salón en que se pasan las horas muertas y el comedor poblado de rumores, como ciertos rincones y vericuetos menos ostensibles, donde puede florecer cualquier pasión, incluso la más peregrina y la menos esperada. Este ambiente exige, a veces, aire libre, pero suele preferir el aire confinado, donde la voz de Felipe debe hacer no poco esfuerzo para abrirse paso entre el humo del tabaco de sus contertulios.

No puedo seguir. Esta carta corre peligro de convertirse en un tratado por la amenazante tentación de ir comentando una por una las peripecias de sus héroes. Por otro lado, ¿no pretenderemos alguna vez saber más que la narradora sobre lo que ocurrió en aquella vieja casa de campo? Hay una doña

Laura, por ejemplo, donde querríamos ver la muy elegante miniatura de una dama que por muchos años llenó el ambiente con el eco de sus avanzadas opiniones, y que, no contenta con difundirlas en el alto mundo por donde ella hacía ondular sus impertinentes (nombre que en los suyos calzaba mejor que en otros), también las escribió en artículos y libros menos brillantes que su conversación, pero siempre dignos de atento estudio. Hay, en fin, un Haroldo Vila, poeta por la gracia de Dios, con "poder casi hipnótico" en el mirar, de quien la narradora, exfasiada, reproduce dichos y agudezas que no equivalen a un mundo creado, pero que en la intención de este aprendiz de mago debían sí equivaler.

Y entonces, como síntesis, venimos a comprender que la sociedad de Olivia, en su casa de campo, en Santiago, en todas partes, seductora por la densidad espiritual que en ella ha dominado, tiene puentes para que se alejen los cobardes, balcones para que Romeo ascienda a tocar la imagen de Julieta, torres en que los indiferentes pueden ver de alto abajo, jardines para que sueñen quienes poseen alma floral, y muchos objetos de que el hombre hace uso pío o feroz, según su gusto y su ceño, objetos que envejecen y se marchitan y que repletan alacenas, desvanes, bodegas, piezas cerradas, casas enteras, hasta que al golpe de la varita de virtud de Olivia el cosmos se arme de nuevo y empiece a girar para nuestro deleite. Y como es el tiempo el padre del ritmo, pronto sorprenderemos aquí, al girar ese cosmos, algo de la música de las esferas que se ha enredado en las palabras de la entrañable vocación, para dar al estilo esas vibraciones íntimas en que logra usted graduarse como maestra por sus diferentes obras.

Esto es, pues, algo de lo que creo divisar, si no ver, en la novela de usted, y al decírselo me es grato repetir a usted que sigo, como siempre, a sus órdenes y que soy su afmo. amigo y s. s.

El PEN Club.—

Hoy, a las 19 horas, se efectuará un foro literario en el PEN Club, Sociedad Internacional de Escritores, en el cual se comentarán los libros "Barco negro", de Carlos Rozas; "Donde está el trigo y el vino", de María Flora Yáñez, y "Las furias y las virgenes", de Lautaro Yankas. Los autores serán interrogados por Luis Merino Reyes, María Urzúa y Leoncio Guerrero, miembros del directorio del PEN Club. El acto tendrá lugar en la Sala Andrés Bello del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile, Huérfanos 1117, 3.er piso, y se invita a participar en él a los escritores y público en general. La entrada es libre.

¿DONDE ESTA EL TRIGO Y EL VINO!, por María Flora Yáñez

Evocación seductora y dramática de un mundo que crece y se ensancha, para terminar desintegrándose y arrastrando en su caída a quienes lo forjaron... ¿Una novela autobiográfica? ¿Sus personajes en clave? ¿Están allí Iris, Vicente Huidobro y otros escritores?... E° 2,50